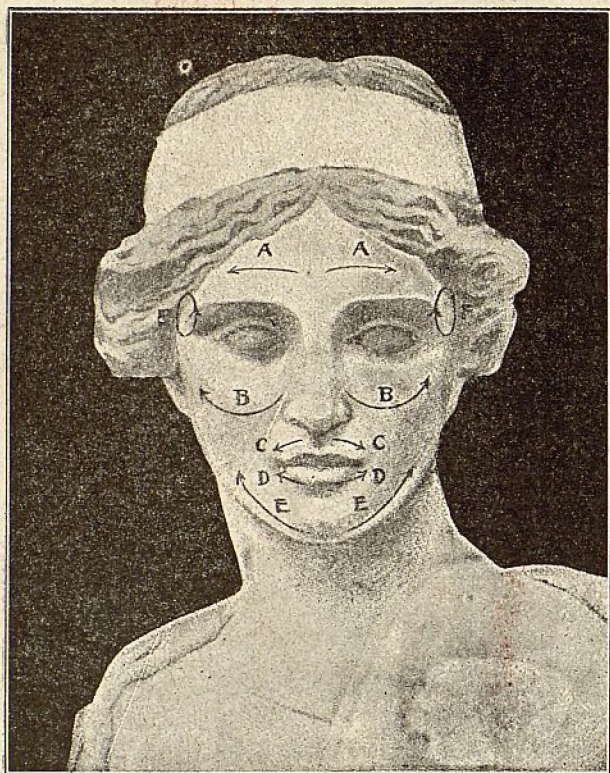


López Rubio

Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

—Mire, mire, mi sargento, aquello sospechoso. Parece un terrible animal.
—¡Pero, hombre!... Si es el cabo Gutiérrez, el que te dió las gofetás ayer tarde.
—¡Ya decía yo que era un animal!



CREMA

LIDA

RECONSTITU-
YENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Bases para el Concurso de agosto.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:
1.º Un billete de lotería para

el primer sorteo del próximo octubre.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirse reunidas antes del día 8 de septiembre haciendo el envío a la mano a nuestra Redac-

ción o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de julio insertos en esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de agosto se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que los hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

CUPÓN

Correspondiente al núm. 140 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

1.—De mitología.

O
TELA RICA

2.—Parte de un dicho.

El señor Y pasea por el jardín.

SEPTENTRION

0100

O	RI
MEDIODÍA	
EN	TE

3.—Consentido.

Prima-prima no logra de *segunda-segunda* la *tercia-dos* de Pepito. Se encuentra demasiado *prima-dos-tercia*.

4.—Una batalla.

—No te agarres a esa *dos-prima*, Matías.

—Es que me da mucho miedo de ese *dos-tercia*.

—¡Y luego te las tiras de *prima-tercia*!

—Me he vuelto cobarde desde que lei la batalla de *todo*.

5.—Del divino Bécquer.

NOTA		NOTA
2	2—R	2
MEDIODÍA		ORIENTE

El amigo N acaba de echarnos la llave

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de agosto.

6.—Mártires.

FRAUDES
B
NADAS

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

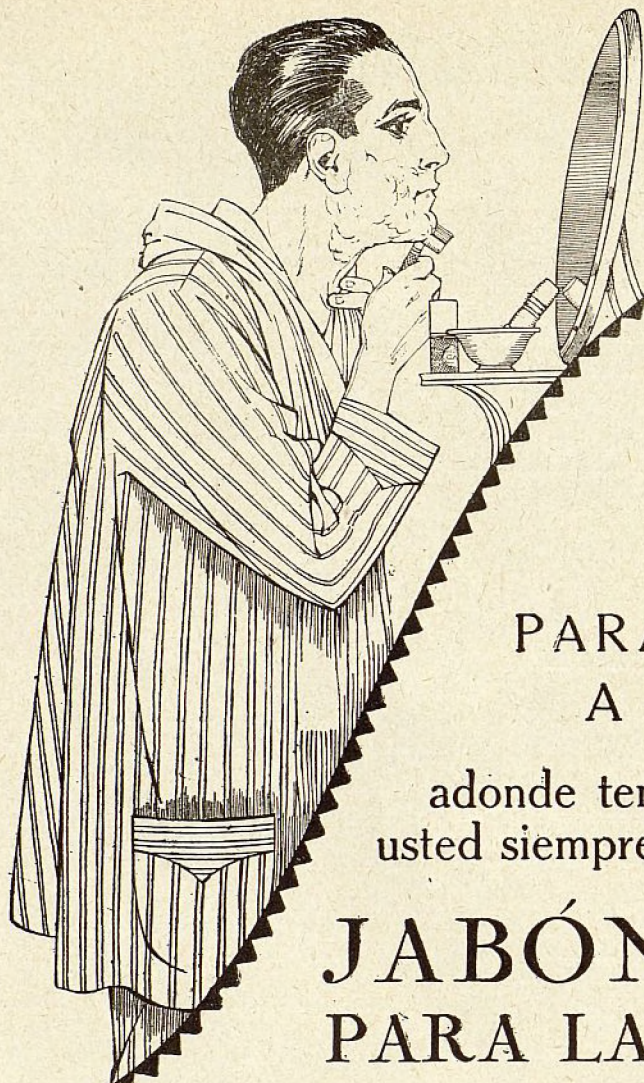
Infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



EL BAÑERO.—¿Quiere nadar la señora? Dios la bendiga; lo que debe hacer es mover los brazos y las piernas. El caballero puede sostenerla durante las primeras sesiones.

(De SHEPARD, en *Punch*, de Londres).

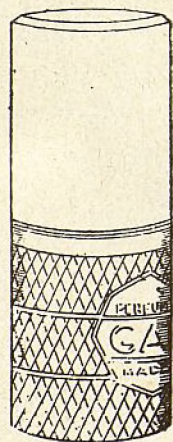


PARA LLEGAR
A TIEMPO

adonde tenga que ir, use
usted siempre para afeitarse

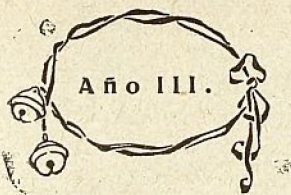
JABÓN GAL PARA LA BARBA

Se asombrará de la rapidez, suavidad y seguridad con que se deslizara la hoja sobre la piel. Forma en el acto espuma abundantísima, que no se seca en la cara. Ablanda en un minuto la barba más dura. Afeitándose todos los días, una barrita durará más de seis meses.



Barra, 1,50 en toda España.

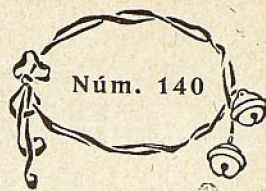
PERFUMERÍA GAL. MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 3 de agosto de 1924.



CUESTIONES DE POCO PESO

LA VISITA QUE NO DEJA SU NOMBRE



ACE pocos días llegué un poco retrasado a la oficina. Cuestión de una hora escasa.

—Han estado a buscarle unos señores— me dijo el portero, al verme entrar.

—¿Unos señores?

—Una señorita rubia, vestida de verde y un caballero con bigote... Les mandé a la sección de usted. Allí le darán más detalles.

De cuatro zancadas me planté en la sección donde presto servicio. Todos los compañeros me acogen con la noticia unánimemente.

—Han estado esperándote unos señores.

—¿Una señorita rubia, vestida de verde y un caballero con bigote?

—Sí. Pero el caballero no llevaba bigote, sino que iba afeitado, y la señorita, si bien era rubia, no iba vestida de verde, sino de negro.

—¿En qué quedamos? El portero me ha dicho que de verde.

—El portero no sabe lo que se pesca. Han estado sentados ahí más de media hora, esperando.

—Y no dieron sus nombres?

—No. Únicamente dijeron que venían a buscarte, para que les acompañases a la Vicaría, donde esta mañana habían de tomarse los dichos...

Desde aquel momento, me pongo un poco sobresaltado y nervioso. No doy pie con bola, ni hago nada a derechas, pensando siempre en la misteriosa parejita que ha tenido la bondad de venir a buscarme, y cuyo objetivo nupcial me parece, con todo respeto, una notable sandez. ¿Quiénes son esos abnegados tórtolos que en estos terribles tiempos de los caseros rapaces y los inquilinos longánimes, se arrojan al grandioso sacrificio de buscar un cuarto donde rimar

sus dulcísimos arrullos? Y sobre todo, ¿quién es esa señorita rubia, vestida de negro, y quién ese caballero afeitado?...

En Madrid hay un número bastante crecido de señoritas rubias, vestidas de negro, y una cantidad considerable de caballeros afeitados. ¿A qué carta quedarme?

En la duda, quiero abstenerme y alejar de mí la horrenda pesadilla. Llega un momento en que creo haberlo conseguido, y, satisfecho, abro un expediente y enciendo un cigarrillo, en acción de gracias. ¡Qué bien me encuentro, no acordándome de esos señores!

Dan las dos, salgo de la oficina, e instintivamente busco en la calle mujeres rubias vestidas de negro. Observo

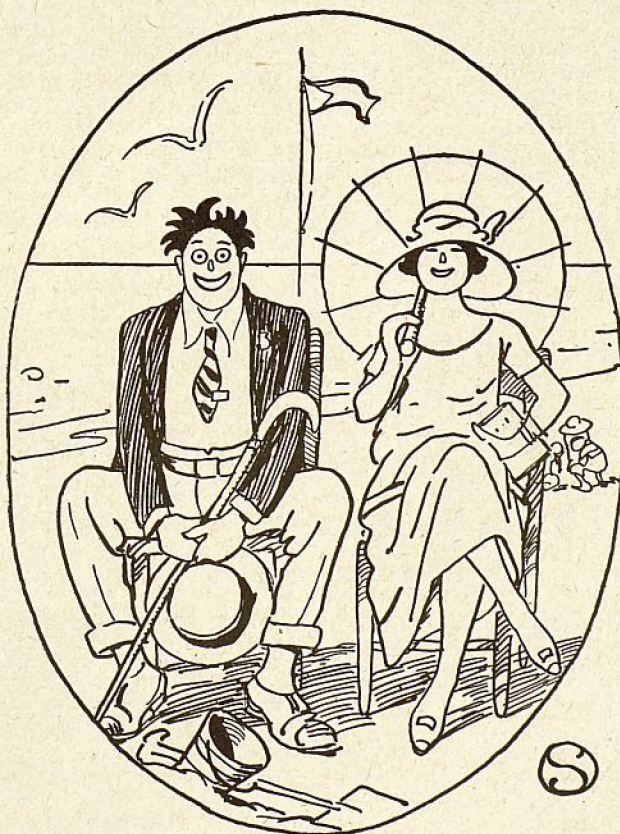
entonces, con verdadera decepción, que no hay tantas como yo suponía. Claro que a las dos de la tarde, y con estos calores, no es lógico que las mujeres rubias y vestidas de negro, salgan a la calle. Pero, ¿por qué salen las que no son rubias ni van vestidas de negro?

Juraría yo que en el tranvía del barrio de Salamanca nunca falta una mujer con traje negro y pelo dorado. Bien; pues sí que falta. Lo he visto con mis propios ojos.

A las dos y media llego a mi casa. La familia me encuentra preocupado, triste, silencioso, retraído, de un evidente mal humor. Apenas pruebo bocado. Me preguntan, y atribuyo mi inapetencia a los calores. Paso la tarde lleno de melancolía. Al anoecer,

tengo fiebre. Durante la noche, soy víctima de espantosos delirios. Me veo perseguido por una muchedumbre de gentes de todas las categorías y de todas las calañas que llegan, preguntan por mí, les dicen que no estoy y se marchan sin dar sus nombres... Esto me convulsiona y me aterra... Creo honradamente que voy a morir, y me acuerdo con pena de mi mujer, de mis hijos, de la calle de Alcalá, tan luminosa, y de mi plaza de jefe de Negociado, tan decorativa y apetecible, y de las que mis compañeros tomarán buena nota exornando con una cruz sensacional mi vacante, que por casualidad no va a la amortización. Al día siguiente, domingo, me levanto y, un poco más tranquilo, al parecer, escribo esta crónica, para hacer, por mi parte, y valiéndome de la gran circulación de BUEN HUMOR, esta súplica.

Quisiera saber quiénes fueron los tórtolos que estuvieron el día 12 de julio del corriente año en el Ministerio de la Gobernación, sección 1.ª de Administración, de diez a diez y media de la mañana, preguntando por mí.



Dib. SILBENO.—Madrid.

✂ MARCIANO ZURITA

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

LOS HOMBRES QUE CONOCEN NUESTRO PASADO Y NUESTRO PORVENIR

Son muchos, son incontables los hombres que conocen nuestro pasado y nuestro porvenir, y esto hace que entre ellos exista una terrible competencia y cada uno se proclame como el único verdaderamente autorizado en esta clase de trabajo.

Los hay de todos los precios, desde los de una peseta hasta los de un real. Se disputan las columnas de todos los periódicos del mundo, y algunos de ellos llegan incluso a aconsejarnos prudentemente que desconfiemos de sus imitadores, de esos desaprensivos que cuando cogen el dinero no adivinan nada.

Tienen nombres muy sugestivos. Se llaman: el profesor G. Zazra, «guía fiel impregnado de la filosofía india y de las ciencias egipcias»; el profesor B. Radja O. J. Djema, de la más remota procedencia oriental, y hasta uno se dice llamar Nostradamus, como el médico de Montpellier, y asegura que hasta los príncipes de sangre real han recurrido a su ayuda, pidiendo sus consejos en los momentos más críticos de la vida de las naciones.

No hay idea de lo que estos hombres pueden llegar a obsesionarnos y cómo, desde que sabemos que hay quien se entera de todo cuanto hacemos, vamos cambiando nuestras costumbres, poco a poco.

Despreciamos muchas veces esos momentos que nunca más volverán

LUI SEUL connaît

Par Lui, tous trouvent satisfaction! Peines, chagrins n'existent plus. On reste confondu devant son étrange et sur-naturel travail. La vérité en est prouvée par le monceau de remerciements qui lui vient de toutes les parties du monde.

Recevez, Mystérieux — Action Astologique — en 10 jours, votre diagnostic et votre avenir! et vos conseils sont si salutaires que vous pouvez vous passer de toute difficulté dans la vie.

Envoyer date de naissance complète (heure si possible) et spécimen d'écriture. Ajouter enveloppe timbrée à votre adresse et **UN franc** en bon de poste ou timbres pour recevoir le **PLAN CELESTE avec ETUDE DE VIE GRATUITE** comme preuve de son grand savoir.

SCIENTIFIQUE ASTOLOGUE
J. DJEMA, Trépaner 94, av. de la République, PARIS (3e)

a presentárenos, sólo porque recordamos que el profesor Radja fruncirá el ceño cuando lo sepa. Desde que conocemos la existencia de esos hombres que todo lo saben, nos enteramos, en el cine, del asunto de todas las películas.

Pero, aunque queramos de ahora en adelante fingir una moralidad de costumbres, nos remuerde que, fatalmente, ellos conocen nuestro pasado al dedillo y nos podrán decir algún día:

—¿Adónde iba usted aquella noche por aquella calle?... ¿Quién era aquella chiquita rubia de la otra vez?... ¿De dónde eran las cucharillas que llevaba usted en el bolsillo ese día?...

Y después, con aire de triunfo, añadirán:

—¿Lo ve usted? ¿Ve usted como yo lo sé todo?

Y de su cabeza saldrán unos rayos magnéticos.

Esos hombres son los que nos pueden denunciar si hablamos mal del Directorio o si nos hemos ido sin pagar de los cafés. Algún día nos harán el *chantage*, pues son los que pueden contar muchas cosas a nuestras mujeres.

¡Cuántos, qué terribles conflictos nos acarrea la existencia de esos hombres omniscientes!

¿Y el porvenir? ¿Seríamos capaces de preguntarles por nuestro porvenir? ¿Le agradeceríamos que nos dijese

que moriremos del tifus o en un choque de tranvías? ¡Qué terrible conocer esos detalles y no poder prevenirlos ni evitarlos, puesto que ha de cumplirse lo que está escrito allá arriba, en ese gran libro de la vida, que sólo estos hombres pueden leer! Y, aunque los que tuvieran su fin en un choque de tranvías creyeran evitar el accidente no tomando nunca un tranvía, ¿cómo los que han de morir del tifus pueden asegurarse de no tomar nunca tan desagradable enfermedad?

Hasta ahora, lo único que preguntáramos a esos hombres es dónde se metió aquel pasador del cuello que no encontramos por ninguna parte y que se perdió cuando más prisa teníamos por acabar de vestirnos, o qué amigo se nos llevó de casa el libro que nunca hemos podido recuperar.

Eso sí, porque nos ayudaría a defendernos, a vencer esa fuerza de gravedad que atrae a las cosas y las esconden para siempre, esa tendencia que tienen las cosas a darnos esquinazo.

¿Y cuando se encuentren en el café algunos de estos hombres? ¿De qué hablarán? ¡Tendrán tanto que decirse, que descenderán desde los grandes acontecimientos, las guerras pasadas y las futuras, hasta los detalles más nimios, que ellos no pueden ignorar!

—¡Cómo lloverá el jueves próximo en Algeiras!—dirá uno.

—Pero no tanto como hace cinco

NOSTRADAMUS connaît votre Passé, votre Avenir

Les travaux du Professeur NOSTRADAMUS sont connus du monde entier et sa renommée est universelle. Le pouvoir mystérieux de cet homme surpasse l'imagination, et c'est par milliers d'années.

Riches ou pauvres, tous ont recourus à ses conseils pour le mariage, les affaires, les changements, les voyages, les spéculations, les amis et ennemis et tous les principaux événements de la vie.

Beaucoup disent qu'ils leur révèlent leur vie avec une exactitude étonnante.

Envoyez un spécimen de votre écriture avec la date et, si possible, l'heure de votre naissance. Joignez-y une enveloppe avec votre adresse, et il vous enverra votre **PLAN ASTRAL** et une **Etude ABSOLUMENT GRATUITE** sur votre vie.

Profitez de suite de cette offre généreuse; vous serez émerveillé.

Son Pouvoir Mystérieux Guide et Secours!!!
Professeur B. NOSTRADAMUS
Institut Astrologique, 148, Old Street, Londres, E. C.

L'HOMME DE MYSTÈRE
Guide fidèle imprégné de la philosophie hindoue et des sciences égyptiennes

Le Prophète, à qui les grands secrets se révèlent eux-mêmes, ne sollicite ni argent ni gloire; il offre gratuitement ses lumières, et ne demande qu'à être mis à l'épreuve, à ses propres frais.

Né dans ce lointain pays du Mystère, il eut, dès sa plus tendre enfance, le don spécial de percevoir la vie des autres par le simple contact d'un objet qu'ils ont touché.

Un vieux Prophète, parlant de lui, disait un jour: «Il se meut avec nous dans des régions que nous ne pourrions atteindre. Son pouvoir de lire à distance est des plus treublants.»

Si le soleil n'a jamais brillé sur la route de votre vie, si les désillusions ont toujours contrecarré vos efforts, si vous voulez arracher à **LA FORTUNE SON SECRET** écrivez de suite au Prophète hindou, car il dit: Je ne passerai qu'une fois dans votre vie.

Envoyez donc, dès maintenant, votre nom, la date de votre naissance et une enveloppe avec votre adresse écrite par vous-même. Si vous le jugez à propos, vous pourrez joindre 0 fr. 50 en timbres-poste de votre pays pour couvrir les frais de poste et d'expédition.

Affranchir lettre à 0 fr. 25

Prof. G. ZAZRA, 90, New Bond Street, LONDRES (Angleterre)

años, en Jerez, que se rompió una alcantarilla e inundó la plaza de la Constitución, a tiempo que pasaba por allí el señor Rodríguez, que iba a avisar a un médico para su mujer, que...

—A propósito, ¿sabe usted que se le casa la hija?

—Sí, con un chico que es notario. Serán desgraciados.

—Ella engordará demasiado pronto.

—El se romperá una pierna.

—Luégo lo perderán todo en la compra de marcos.

—En cambio, a un primo de él...

—¿Quiere usted callar? ¡Ese sí que va a hacer buenos negocios de aceite! La tasa de 1932...

Así, continuarán comadreando y acabarán por cogerse el turbante o el



gorro persa con las dos manos y decir, admirados:

—¡Qué sabios somos! ¡Hay que ver! ¡Todo lo sabemos!

Y, como todo lo saben, no ignorarán cuál es el que lleva más dinero y se dejarán convidar por él. Sabrán de antemano lo que el camarero les haya de cobrar por las consumiciones y hasta sabrán todos a cuál de ellos le ha de sentar mal la merienda.

Así no es posible vivir. Ellos tienen complicada la existencia con sus adivinaciones y, por carambola, nos la hacen imposible a nosotros.

¡Si nosotros supiéramos cuándo están distraídos, qué de cosas no haríamos, apresuradamente, aprovechando el descuido, como los niños en el colegio, cuando no los mira el profesor!

José LÓPEZ RUBIO

Cosas de Buen Humor

Matonismo erudito

—Si yo, Blas, así gritara: «¡Te voy a cortar la cara!», tirándomelas de majo, ¿qué título te evocara de una poesía famosa? —¡Hombre, pues vaya una cosa! La profecía... «del tajo».

Varios "dobles"... sentidos

Sirvió en un bar a Cadalso la camarera Belén, y él, dándole un duro falso, le dijo: —«Pásalo» bien...

¡A buena hora!

Cierto pollito chulón, tras de dar un tropezón en la calle de Hortaleza, en el piso a su torpeza busca justificación. Pero viole un tal Barrantes otear con desconsuelo, y dijo a los circunstantes: —¿Y ahora mira el gachó al suelo? ¡Eso, en todo caso, antes!...

Consecuencia lógica

El marqués de Tabla Rasa, que es un frescales y un guasa, gasta todo lo que ahorra... su esposa, y tal cual lo pasa. Sale y... —¡Casa de Camorra!, y vuelve y... ¡camorra en casa!

Acertijo acertado

—¿Qué cosa existe, Medrano, más inútil y más útil? —El papel, que, en cuanto a inútil, se está «mano» sobre «mano». —Dime entonces qué resquicios de ser útil te ha brindado. —¿El papel? Verle empleado en toda clase de «oficios».

MIGUEL DE CASTRO



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—Estas plantas son de la familia de las begonias...

—¡Claro; y tú las cu das mientras esa familia está fueral...

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

La invención del panzómetro

¡Pobre Fontán! Fué el más desgraciado de los inventores, contando desde nuestro ya difunto padre Adán, el primero que inventó el vivir.

Después de muchos esfuerzos y tras largas vigiliass inventó el panzómetro. ¿Ignoráis lo que es? Esto mismo demuestra la desgracia de Fontán: ser sabio y que sus compatriotas no lo sepan. El panzómetro es sencillamente un absoluto y perfecto medio de identificación. Fontán lo demostró plenamente antes de que la Jefatura de Policía adoptase su método y le nombrara jefe absoluto del negociado correspondiente.

«Dime lo que comes y te diré lo que eres», fué el principio en que se basó el invento de Fontán.

—Cojamos a un individuo cualquier-

ra—dijo—, midámosle el vientre, vulgarmente la panza, desarrolle nos sobre el papel la airosa o quebradiza curva que describa y habremos hallado la verdad de su existencia.

El maravilloso inventor continuaba en sus explicaciones diciendo:

—Si el aparato registrador nos descubre que aquel individuo se halla sólidamente alimentado pasemos a la investigación de su bolsillo para ver si ambos se encuentran de acuerdo. Si es un miserable no podrá su panza acusar el gráfico de los manjares caros, y si éste aparece, entonces es que se los procuró con malas artes. Estamos en presencia del ladrón, del falsario del falsificador, del audaz, del aventurero, del criminal.

Esta teoría fué perfectamente comprendida y apreciada por cuantos tuvieron conocimiento del invento maravilloso, recibiendo Fontán infinitas felicitaciones.

—Es aplicable a los dos sexos—añadía el inventor—. En la mujer nos descubrirá, si se halla en estado interesante, de qué ha de ser madre, si de niño o niña, y en el hombre la clase de sus intenciones.

Dos gruesos tomos de datos, medidas, gráficos, curvas, signos y señales componían el complemento del aparato llamado panzómetro, y cuyo uso y aplicación eran exclusivos de Fontán. Este se sometió a ejecutar cuantas demostraciones le pidieron, y en todas salió victorioso.

—Hemos cogido a un pobre diablo—le decían sus jefes superiores—y asegura que la necesidad le impulsó a robar un reloj, puesto que el hambre le acosaba.

—Eso ya lo veremos. Lo dirá el panzómetro.

Se le aplicaba el invento al pobre diablo, y con lo que aquél decía, Fontán consultaba los libros y emitía un brillante informe:

—Falso de toda falsedad. Este individuo tiene dentro del vientre el menú de todos los que han realizado un hecho delictivo. Me lo sé de memoria: tortilla de jamón, merluza frita, riñones, flan y queso de bola. Mi aparato lo ha descubierto todo, hasta que tomó copa de coñac.

—¿Y puro?

—Eso no puede registrarlo, porque es humo.

El pobre diablo concluía por confesar que eran ciertas las acusaciones del panzómetro.

—No podía ser otra cosa—replícaba Fontán satisfecho.

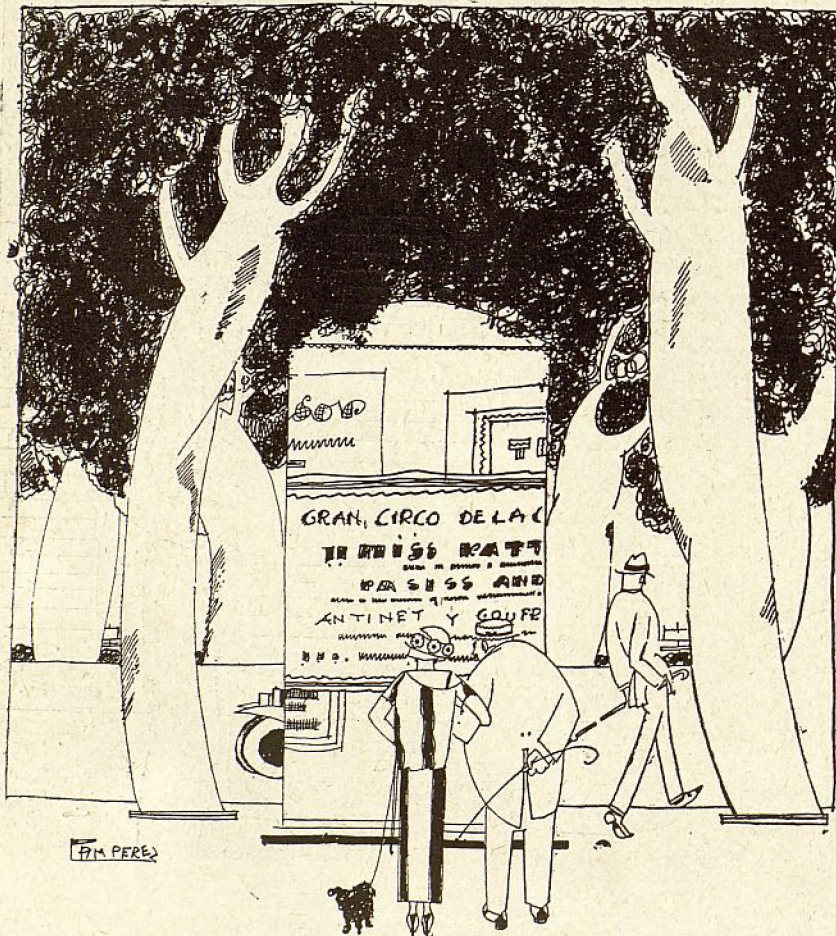
Los éxitos del panzómetro crecían de una manera asombrosa, estupenda, hasta que surgió la catástrofe, lo tremendo, lo que estaba por encima de cuanto pudiera imaginar Fontán.

—Hemos cogido al célebre *Sanguijuela*—dijeron los encargados de mantener el orden—. Hay que tratarle, ficharle y aplicarle el panzómetro.

Hiciéronse las primeras operaciones y Fontán fué avisado para la de su competencia. Aplicó el invento, examinó las ondulaciones marcadas en el gráfico, comprobó, con la explicación que arrojaban, los libros, y su asombro fué tremendo, pero se lo comunicó a los jefes. ¡El *Sanguijuela* estaba embarazado!

Aquel mismo día Fontán fué declarado cesante y su aparato, desmontado, duerme en un sótano de la Jefatura. El error del panzómetro ha sido fatal para su inventor, que aún no se explica el hecho.

A. R. BONNAT



Dib. PAN PÉREZ.—Madrid.

—Qué, ¿vamos al circo?

—¡No ves que todos los artistas son extranjeros y no vamos a entender palabra!



Dib. BRADLEY.—Madrid.

- La última vez que me bañé en Deauville me sucedió una cosa extraña: al salir del agua mi vestido había desaparecido de la caseta...
- ¿Y no sospechaste de alguien?
- ¿De nadie ...
- ¡Sí que es extraño! Pero ¿estás segura de que llevabas vestido?

SANGRÍA SUELTA

Una de nuestras más peregrinas costumbres (¡mal rayo la parta!) es, queridos lectores, la de los regalitos que todo fiel cristiano se ve obligado a hacer desde que un pariente suyo o un hijo de íntimos amigos abandona el claustro universitario de su señora madre hasta que Dios, Nuestro Señor, tiene a bien ofrendarle una localidad en la tumba helada, en ese lecho que tanto podríamos envidiar a sus ocupantes en estos calurosos días del mes de julio.

Fijémonos en cualquier criatura... En la buena de Pitita Córcholis. La primera bendita ocurrencia que tiene es venir al mundo. (Bien venida sea.) Cuando empieza a dar los vagidos primeros, que pronto se convierten en berridos de primera, ¿qué abuelo, tío, padrino o amigo del nuevo ser puede escaparse sin gastar cuatro o cinco dureses, por lo menos, en un sonajerito, un collarín o un cencerro prematuro, en albricias de su salida de madre?

Casi simultáneamente con el primer obsequio forzoso surge el segundo, con ocasión del bautizo.

No obsequiar a Pitita por su condición de catecúmena (y conste que esto no es insulto) con una medalla, una cucharilla o un biberón de honor, si que también de vidrio, es quedar muy mal con los padres de la chica, puesto que la propia interesada generalmente

no se da cuenta cabal del regalo bautiformal.

Bueno, pues Pitita crece; porque, aparte del chupen y del deschupen, o mientras dura su época biberoniana, no tiene otros quehaceres que crecer sin interrupción y llorar con intermitencias. Y ya tenemos a Pitita en disposición de manifestar al comienzo de cada año sus aficiones monárquicas, toda vez que, no por conducto del Directorio, sino por el de los papás, el angelito pide a los Reyes Magos algo que podrá ser más grande o más pequeño, pero siempre más caro de lo conveniente. ¿Y quién cumplimenta la real orden dictada por los imaginarios monarcas? El particular bolsillo de los indicados abuelos, tíos y demás parientes y testamentarios.

Total: que en pocos años ya ha habido que hacer tres regalos a Pitita, porque las costumbres lo han impuesto... ¡Una monada!

Cumplido este deber de cariño, amistad o lo que fuere, mediante una muñeca, un costurero, un rompecabezas o un juego de cacerolitas (regalos de repetición, que no cesan mientras dura la ilusión de que los Magos llenan cestas y zapatos, y aun después), llega otra ocasión de obsequiar. ¿Cuándo? Cuando a los papaitos y a las profesoras se les antoja oportuno que el pequeño ser haga la primera Comunión, precepto que, con el mejor deseo sin duda, suelen anticipar ahora hasta el extremo de que los todavía inconscientes críos van a recibir nada menos que a Jesu-

cristo como quien va a jugar a la rana o a tomarse un chico de limón, pues llevar a que comulgue en serio a un niño de seis años es como empeñarse en que lo verifiquen una cotorra o una ardilla.

¡Bravo! Ya se ha efectuado este nuevo desembolso (o «quites del bolso», mejor dicho), y el obligado pariente o el querido amigo han quedado muy bien mediante un devocionario blanco, un rosario de cuentas corrientes, una pila de pulsera, un reloj de agua bendita, o un «santi-boniii-barati», que suele ser *cari*. etc.. etc. Y ya no hay que regalar nada a Pitita Córcholis hasta que llegue otro día señaladísimo, que es el de la postura de largo. Este alargamiento de la postura (que actualmente consiste en cortarse el pelo y acortarse la falda) compromete de nuevo a deudos y amigos al regalo de sortijas, cacharros y chucherías que, por su importancia, superan a los obsequios de la niñez.

Después... ¡llega la boda!

El regalo de boda ya es una cosa seria. Como los nupciales donativos han de estar expuestos (por lo menos, a la crítica de los visitantes), no se puede salir decorosamente del paso con unos servilleteros de celuloide, un muñeco de biscuit, un aparato luminoso o seis tazas con plato y con asa, quizá procedentes de otro presente hecho con motivo análogo...

Hay que rascarse el bolsillo, aunque no pique, y esperar a que llegue la fiesta onomástica de Pitita, a la que está uno regalando cosas desde su nacimiento hasta nuestros días, sin contar con el último regalo, que es el de la corona fúnebre, porque Pitita está condenada a fallecer, como todos los seres humanos, por muy Pititos que sean.

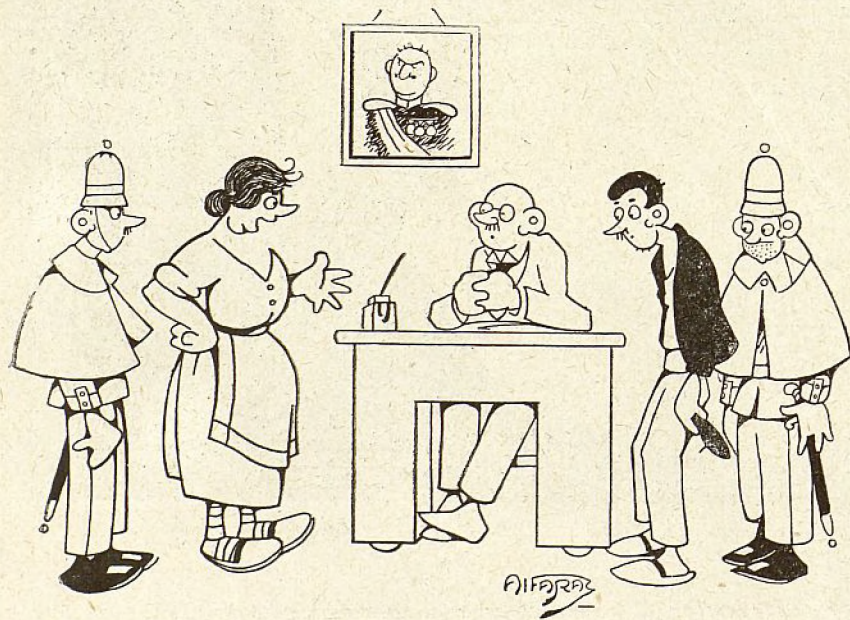
Pues bien: todo lo indicado le está ocurriendo a este cura, servidor de ustedes, con sus numerosos nietos.

Multipliquen ustedes por diez todas las gracias aludidas, y no me negarán que la sangría suelta recetada por las costumbres es «brutal», como ahora decimos... hasta refiriéndonos a la belleza de una mujer.

En cambio, yo no espero nada. Ya nací; ya me bautizaron (aunque con poca sal); ya comulgué por vez primera; los Reyes Magos ya no me ponen en los zapatos ni unas medias suelas; puesto de largo ya lo estoy, porque no soy ningún don Paquito, y en casarme no pienso por ahora.

Todo queda, pues, reducido a la fiesta onomástica, que algunos años más valdría que no llegase... y al obligado obsequio de la coronilla o pequeña corona final; obsequio florido que probablemente no tendré el gusto de ver...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib.: ALFARAZ.—Madrid.

—Relate sucintamente el hecho la demandante.

—Ná, señor juez: que vinimos a las manos y éste me arreó una patá.

DE CINCO A CINCO

CUADRO PRIMERO

Una habitación modesta.

La madre y la hija.

LA MADRE.—¡Eg... eg!... ¡jo... jo!...
LA HIJA.—¡Madre!... ¡Ay, mi madre!...
LA MADRE.—¡Hija!... Cref... que me ahogaba... pero ya pasó.

LA HIJA.—¿Qué ha pasao?
LA MADRE.—Una perra chica, que me la he tragao.

LA HIJA.—¡María Santísima! ¿En qué pensaba usié? Usted, que pa pasar los sellos del dolor de cabeza, necesita el calizador... ¿Cómo ha podío ser?

LA MADRE.—Siendo. Me la puse en la boca pa liar en el pápel las «gordas» que me quedaban por envolver y me se fué al interior. ¡La muy perra!

LA HIJA.—¡Ay, madre, que eso no pue ser bueno en el estómago, que usié no es una báscula!...

LA MADRE.—¡Claro que no!
LA HIJA.—¿Qué siente usié?
LA MADRE.—Habérmela tragao.
LA HIJA.—A más de eso, digo.
LA MADRE.—Pues un poco de sabor a cardenillo en la boca.

LA HIJA.—¿Y en el estómago?
LA MADRE.—Debilidad.

LA HIJA.—Dése usié unas «fregas» con la mano. Hay que avisar al médico en seguida, que eso es muy malo. No se alarme usié, madre, pero se pue usié hinchar y reventar. No se asuste usié, que no pasará na.

LA MADRE.—Si no me asusto. Lo siento únicamente por tu marido, que siempre está diciendo que me como to lo que gana. ¡Cuando lo sepa!...

LA HIJA.—¿Quién piensa ahora en eso? Voy a avisar a la Justa. Frótese usié mientras tanto...

CUADRO SEGUNDO

En la portería.

La hija, la portera y la chica de la portera.

LA HIJA.—¡Ay, qué disgusto, señá Justa!

LA PORTERA.—¿Qué ocurre?
LA HIJA.—¡Mi madre, que se ha tragao una perra gorda!

LA PORTERA.—¡Arrea!... ¿En dos piezas?

LA HIJA.—En una.
LA PORTERA.—Y no la habrá devuelto, ¿verdá?

LA HIJA.—No, señora.
LA PORTERA.—Tié esa costumbre. Igual hizo con dos pesetas que la presé el verano pasao.

LA HIJA.—¡Pobrecita! ¿Quié usié ha cerme el favor de ir a avisar al médico? ¡Dios se lo pagará!

LA PORTERA.—Sí; porque lo que es su madre, va pa largo...

LA HIJA.—Vaya usié de prisa. Un poco

lejos está, pero se lo agradeceré toa la vida.

LA PORTERA.—Irá la chica. Yo no me puedo mover de aquí. Voy a llamarla.

LA HIJA.—¿Dónde está?

LA PORTERA.—En la puerta, charlando con el novio.

LA HIJA.—¿Pero fié novio la Concha?
LA PORTERA.—¡A ver que vida! ¿O es que porque sea la chica de la portera, no fié derecho y corazón como las demás?

LA HIJA.—Justamente, señá Justa; es que iznoraba...

LA PORTERA.—¡Menuda suerte ha tenfol... Un muchacho formal, trabajador y con «pasta». Si viera usié los regalos que la hace... El otro día la llevé en el automóvil.

LA HIJA.—¿Es íftulo, acaso?

LA PORTERA.—Es chófer; pero no se vaya usié a creer que de esos de tóo a sesenta y cinco el metro, sino de los de rompe y rasga.

LA HIJA.—Como casi tóos. Llámela usié.

LA PORTERA.—¡Concha!... Ya viene.

LA CHICA.—¿Qué quíe usié, madre?

LA PORTERA.—¿Tú sabes dónde vive don Paco, el médico?

LA CHICA.—En la calle de Matasiete. He ido una vez.

LA PORTERA.—Pues, anda, corre otra vez a buscarle. Le dices que venga de prisa, que la señá Cástula se ha tragao diez céntimos y no los pue echar.

LA CHICA.—¡Vaya tragaderas!

LA HIJA.—Dispensa que te haya quírao de hablar con tu novio.

LA PORTERA.—¡Deje usié! Irá con él y así se pasean.

LA CHICA.—Pensábamos ir al teatro de la mudéz.



Dib. MEL.—Madrid.

—Le veo a usted, don Ramón, metido en dinero. ¿Ha hecho usted un buen negocio en la ruleta del Círculo?

—¿En el Círculo? ¡Un negocio... redondo!

LA HIJA.—¿Dónde cae eso?
 LA PORTERA.—Al «cine», mujer, que le dicen así.
 LA CHICA.—Iremos otro día.
 LA HIJA.—Le encargas que venga pronto. Gracias, Concha, y a usted también, señá Justa.
 LA PORTERA.—Súbase usted tranquila.

CUADRO TERCERO

Una calle.

La chica de la portera y el chófer.

EL CHÓFER.—¿Pa qué te ha llamao tu bondadosa y hercúlea madre?

LA CHICA.—No ha sfo ella.

EL CHÓFER.—¡Cómo que no ha sfo ella, si he escuchao su voz!

LA CHICA.—¡No atropelles! Ha sfo ella, pero pa una incumbencia de la vecina del último derecha.

EL CHÓFER.—¿Y qué intestino se le ha roto a esa inquilina?

LA CHICA.—Entoavía ninguno. Pero si no voy pfronto adonde me ha mandao, pué que se le rompa, me creo yo, porque se ha tragao su madre una perra gorda y no se la puén sacar ni con imán.

EL CHÓFER.—Eso no es malo. Yo he visto a un tfo tragarse un sable, un reloj y un autobús y no pasarle na. Además, que no habrá sfo una perra gorda.

LA CHICA.—Eso me han dicho.

EL CHÓFER.—Has entendido mal. Una perra gorda no pasa tan fácilmente.

LA CHICA.—Pues yo juraría...

EL CHÓFER.—Que no, mujer. Habrán sido dos realitos. Como es una moneda tan pequeña, no fié na de particular...

CUADRO CUARTO

Otra calle.

La chica de la portera, la prima de la chica y el chófer.

LA PRIMA.—¿Adónde vais tan de prisa?

LA CHICA.—A un recaó. ¿Quiéís ir tú por nosotros?

LA PRIMA.—¿Qué hay que hacer?

LA CHICA.—Poca cosa. Llegarse a la calle de Matasiete, al trece, y preguntar por el médico, que vive en el primero.

LA PRIMA.—¿Qué más?

EL CHÓFER.—Decirle que venga corriendo a casa de ésta, que en el último piso se han tragao una peseta y les ha sentao mal.

LA CHICA.—Oyes, tú; que no han sfo más que dos realitos.

EL CHÓFER.—Igual da. Pa qué andar con mezquindades.

LA CHICA.—¡Qué rumboso eres!

EL CHÓFER.—Toma, por el favor, una perra pa un pirulí.

LA CHICA.—Gracias, Lola. No, sabes cuánto te lo agradecemos. Así ¡podemos ir al cimema Posifín.

CUADRO QUINTO

En casa del doctor.

La prima de la chica de la portera y una criada.

LA PRIMA.—¿Está en casa el doctor?
 LA CRIADA.—Ha salido, pero volverá pronto.

LA PRIMA.—Me va usted a hacer el favor de decirle que corra a la calle del Codo, que en el último piso se han tragao dos pesetas.

LA CRIADA.—¿Dos pesetas? ¿De qué?

LA PRIMA.—No me han dicho más.

CUADRO SEXTO

La misma calle del tercer cuadro.

El doctor y el marido de la hija.

EL MARIDO.—¡Felices, señor Mata!

¿Cómo usted por estos barrios?

EL DOCTOR.—¿No lo sabes?

EL MARIDO.—Me asusta usted. ¿Pasa algo en mi casa? ¿Mi mujer, acaso?... ¿La niña?...

EL DOCTOR.—Tu suegra.

EL MARIDO.—Menos mal. Me había usted asustao. ¿Y que la ocurre a esa... señora? Cuando yo salí estaba tan buena.

EL DOCTOR.—Asombrate. Que se ha tragado un duro.

EL MARIDO.—¿Es posible?

EL DOCTOR.—Así me lo ha dicho mi criada. Ahora, que yo no creo....

EL MARIDO.—Pues, créalo usted. ¡Si es muy bruta!

EL DOCTOR.—Sin embargo...

EL MARIDO.—¡Maldita sea! Pero esa mujer se ha propuesto arruinarme. ¿Ya no la basta con comerse lo mejor que entra en la casa?

CUADRO SÉPTIMO

La misma decoración del cuadro primero.

La hija, el doctor y el marido de la hija.

LA HIJA.—¡Ay, señor doctor!

EL DOCTOR.—Calma, mucha calma. ¿Qué ocurre?

EL MARIDO.—¿Qué ha pasao? Dime. ¿Es verdad lo del duro?

LA HIJA.—¿Qué duro?

EL MARIDO.—El que se ha tragao tu madre.

LA HIJA.—Si no ha sfo un duro.

EL MARIDO.—¿Qué ha sfo, entonces? ¿La hucha?

LA HIJA.—No seas animal, hombre. No han sfo más que cinco céntimos.

EL DOCTOR.—Ya decía yo...

LA HIJA.—Pase usted a la alcoba. La he acostao.

EL MARIDO.—¿Y pa una perra chica molestas al doctor y me haces gastar dinero en visitas? Si hubieran sfo cinco pesetas se comprende; pero por cinco céntimos... ¡¡que se hubiera quedado con ellos dentro!!...

TELÓN

PABLO TORREMOCHA

LA OBSERVACION Y EL AHORRO

El que observa, ahorra.

Esto, que parece una tontería, es un axioma como una casa.

No cabe duda que la observación es un recurso.

El que es observador tiene una ventaja sobre el que no lo es de un cincuenta por ciento, económicamente hablando.

La observación la venimos practicando nosotros desde hace muchos años, durante la segunda quincena de todos los meses, y elegimos del quince en adelante porque hemos observado que cuando llega esta fecha, ya no tenemos en el bolsillo ni una linda perra.

Es muy raro encontrar un observador con dinero.

Generalmente los que observan los escaparates, los que observan el descenso de la bola del reloj del Ministerio de la Gobernación, y los que observan buena conducta, no tienen un real.

Nosotros, es tal la costumbre que tenemos de observar, que lo hacemos sin darnos cuenta.

Muchas veces al pasar por delante de un bar, y al notar que la sed nos abrasa entraríamos y de muy buena gana tomaríamos un café con media tostada (hemos observado que el café con media quita siempre la sed y muy rara vez el apetito), pero en el momento de entrar pasa a nuestro lado una de esas señoras que parece que están hechas para observarlas detenidamente, y nuestras dotes de observador se revelan, y de repente nos olvidamos de todo, y ya no vemos el café ni vemos la tostada.

Es raro que la señora que observamos, y a la que seguimos para observar mejor, no pase por alguna calle, plaza o plazuela en la que haya alguna fuente; el observador entonces debe apagar allí su sed, y en este momento queda demostrado el ahorro que produce la observación. pues de no haberse dedicado a observar a la señora, el observador se encontraría en este instante pagando al camarero.

Cuando el observador tiene la suerte de presenciar alguna bronca, o ve cómo un transeunte se da una costalada marca «latiguillo» por haber pisado un trozo de tomate u otra hortaliza análoga, entonces la observación no sólo produce economía, sino que solaza al mismo tiempo: en este caso el observador está de buenas.

También se presencia alguna que otra

vez el baño que un mangüero de la Villa, proporciona a un pacífico viandante poco observador, al cual enfoca con la manga de riego.

Esto sucede con poca frecuencia, pero sucede al fin y al cabo, y el que logre observarlo puede considerarse entre los observadores de pura sangre.

El observador ha de poner gran cuidado al elegir su atalaya; esto es de gran importancia, y cada cual la elige según sus inclinaciones y gustos.

Nosotros, que desde muy pequeños nos tiran las señoras, y no nos referimos con esto a un porrazo que nos dió la niñera, recomendamos la Puerta del Sol, donde se toma el tranvía de las Ventas: allí se observan muy buenas cosas, en lo que al elemento femenino se refiere.

Después de muchos días de observación en este sitio, aguantando el sol en verano, y la lluvia en invierno, hemos observado una cosa que nos llena de legítimo y justo orgullo, pues demuestra que nuestras condiciones de observador son excepcionales.

Lo diremos en verso para que el que lo lea, suponiendo que alguien lea esto, lo retenga con más facilidad en la memoria, y qué ¡caramba!: ¿por qué no decirlo?, para que se vea que también somos algo poetas.

La observación es la siguiente:

Yo no sé lo que tiene la media negra
que a muchos entristece, y a otros alegra.

Sobre el efecto que la media causa en el individuo, ya sea ésta negra, blanca, o gris, con o sin espiguilla, podríamos disertar largamente...

Pero dejaríamos de ser buenos observadores, si no observásemos, que estamos dando la lata, y como cuando llega este caso lo mejor es dejarlo, hacemos punto, y a la Puerta del Sol nos vamos a seguir con nuestras observaciones.

Luis CANDELA



Dib. de BARRADAS.—Madrid.

—Te he dicho, Ignacio, que no aguanto más tus groserías y que voy a tomar una determinación muy seria...

—¡Toma lo que quieras; yo voy a tomar un chico de limón!

NOCHE DE VERBENA

Gritos, carcajadas, requiebros, pregonos...
Columpios, fióvivos, patines, barracas...
Puestos de sandías, puestos de melones,
de churros, de libros, de almendras, de albahacas...
Cintas, cadenetas, borlas, farolillos...
Guirnaldas, florones, lazos, banderolas...
Todas las tabernas con sus organillos
y todos los bares con sus pianolas.
Figuras de cera, monstruos y fantoches
hechos ex profeso para los incautos...
Pasan silenciosos y lentos los coches
y provocadores y aprisa los autos...
Toreros, manolas, chulos, modisillas.
Mucho pueblo bajo, poco señorío.
Torraos, altramuces, barquillos, quisquillas,
mojama y cangrejos de mar y de río.
Una campanilla cascada y confusa
convoca a una rifa de mínimo precio.
Rezonga en sus ejes la «montaña rusa»
y gime en su frágil polea el trapecio.

Calor, polvo, ruido, fatiga, letargo.
Olor al carburo y a la gasolina.
Un paseo corto que se hace muy largo.
Una luz muy fuerte que está mortecina.
Un baile castizo, chulo y pinturero.
Dos novios hablando tras un abanico.
Un chótis de Chueca. Un organillero
que es un personaje del género chico.
Dos costurerillas menudas y guapas
entran en un tupi. Dos pollos horteras,
con sendos claveles sobre las solapas,
ponen sus ojuelos en las costureras.
Cada vez más humo, cada vez más ruido,
más calor, más gente, más algarabía.
La noche es un vaho de aceite encendido
sobre la caldera de una churrería.
Da un reloj lejano doce campanadas.
Se agita zumbando la humana colmena.
Crecen los pipos y las carcajadas.
Aumenta el barullo. Sigue la verbena.

José LUIS MENÉNDEZ

"BUEN HUMOR" EN PARIS

CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

LXVII

París tiene una infinidad de cosas raras en su seno y algunas en su Sena. No he hablado antes de ellas porque me torturaba la casi absoluta seguridad de que no me iban ustedes a creer; pero últimamente varios amigos cariñosos y fehacientes me han dicho que ustedes ya se van dando cuenta de lo serio que soy y que aceptan mis afirmaciones con la misma fe que si las vertiese Santa Teresa de Jesús o las emitieran San Pedro Nolasco, San Lorenzo (diácono) o San Tiago Alba (peregrino y mártir); y esa credulidad de mis lectores me anima a decir lo que ya tenía pensado callar, aunque exijo que nadie dude de lo que yo asevere porque seré severo si lo que asevero se toma a chacota, se recibe con desdén o se comenta con un *janda y que te pelen!* unánime, o con un *¡a mí Prim!* general, y si no general, de la mayoría de mis admiradores. En una palabra: quiero que me crean a pies juntillas hasta los cojos; que me ovacionen largamente incluso los que tengan un brazo en cabestrillo, y que los sordos de nacimiento pidan para mí la oreja, habida cuenta de que a ellos no le sirve para nada.

Decía, pues, y lo vuelvo a decir, *pues*, que en París hay la mar de cosas raras para lo que ustedes gusten mandar. Son costumbres que sorprenden al extranjero, detalles que le anonadan, sistemas, procedimientos y métodos que le hacen vociferar de espanto. La primera cosa rara que yo vi en esta villa fué la dueña del económico hotel en que me hospedo. Es una cosa que pueden ustedes estar seguros de que en España no la toleraría el Directorio, y advierto que no se la describo a ustedes porque quiero evitarles un susto que probablemente les conduciría al mausoleo. Baste decir que la pago puntualmente, no por convicción de que estoy obligado a pagarla, sino por terror, por legítima defensa, por instinto de conservación, por el mismo impulso generoso que movía a los caminantes a entregar el dinero que llevaban encima (y debajo) a Diego Corrientes y al Pinales cuando tenían la grata sorpresa de encontrárselos en una de las carreteras del Estado prestando sus servicios. Esta

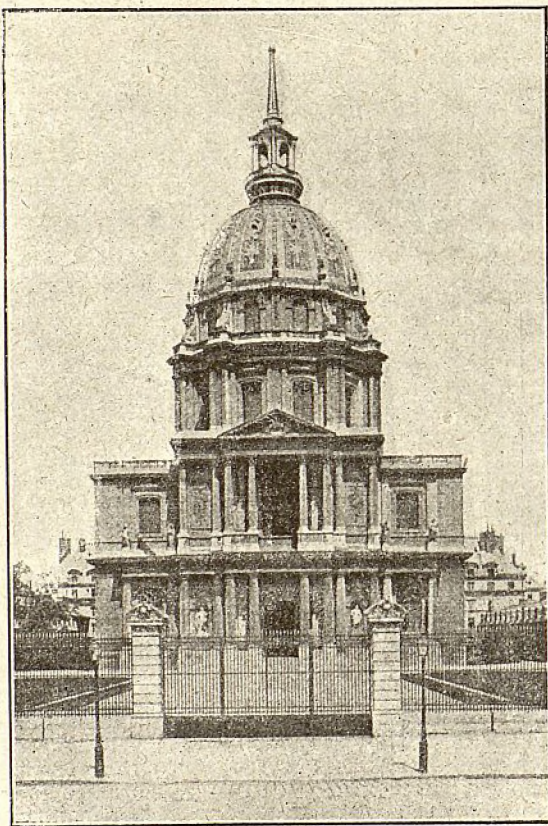
señora es viuda (¡¡loor al desconocido héroe que la llevó al altar, en lugar de llevarla a la torre Eiffel y darle un empujoncito en el tercer piso con dirección al éter!!) y quizás por la rabiosa pena que le produce su soledad, cobra unos precios a los huéspedes que, como dije antes, sólo se explica que se los abonen conociendo el óvalo fisonómico que se la pone al presentar las facturas. Debo decir, sin embargo, que yo solo tengo la culpa de lo que me sucede. Yo vine a esta casa porque me habían dicho que la fonda no era cara. Ahora bien: debieron haber añadido que el rostro de la dueña tampoco era cara, y me hubiese abstenido prudentemente.

Les supongo a ustedes, al llegar a este punto, completamente estupefactos de que una ciudadana así haya podido contraer matrimonio y pueda hoy deambular libremente por las calles sin que la tiren un cascote. La cosa, no obstante, tiene una explicación: su hoy yerto y rígido esposo era un heroico capitán del ejército colonial (¡ya decía yo que tenía que ser un héroe!), el cual había estado seis años en el Congo rasando las negras. Comprenderán ustedes que el que pasa, no digo varias negras, sino una negra sola, está en situación de aceptar la primera blanca que se le ponga vis a vis, aunque sólo sea por el gusto de empezar a ver un poco más claro. Y aunque sabemos de buena tinta (de tinta negra) que a las negras les vuelve locas poner los ojos en blanco, nos consta también que a los blancos les ocurre con las negras lo que con las aceitunas: que si les toca comerlas negras se aguantan, pero como les toquen sevillanas bailan de gusto.

Además debo añadir que el capitán a quien vengo aludiendo conoció a su futura esposa y a mi futura patrona en un baile de máscaras. Unos dicen que la aterradora socia llevaba careta, y otros sostienen que no llevaba más que su cara, pero que el capitán se equivocó y creyó que su rostro verdadero iba debajo de la ignominiosa indecencia que él estaba mirando y que no acertaba a descifrar, porque sus conocimientos de geometría eran insuficientes para comprender aquel horrendo lío de carne humana que le invitaba al vals con una sonrisa procaz y patibularia.

Y finalmente, hay quien se explica la boda de otra manera: el capitán había apostado con unos subordinados que él se casaría con una mujer que no se la pegaría nunca (cosa que en Francia resulta un milagro que hasta a la Virgen de Lourdes le cuesta trabajo tramitar y resolver), y al conocer a su futura hubo de decir: para que esta señora me la pegue harían falta diez millones de toneladas de goma arábiga, y me quedo corto.

Y en efecto, en el barrio hay hoy varios distinguidos vecinos que reconocen que, de grado o por fuerza, la dueña de mi hotel es, después de Juana de Arco, la virtud más estrepitosa de Francia.



LA CÚPULA DE LOS INVÁLIDOS

Ligera construcción terminada en punta, de ciento siete metros de altura y que no ofrece más particularidad que la de librar de la lluvia, del polvo y de los insectos franceses al mausoleo de Napoleón que está debajo y que ustedes no pueden ver, aunque creo que les dará lo mismo y no llegará a disgustarles.

Estando en París se puede visitar la tumba del aplaudido emperador todos los días, pero nos consta que Bonaparte no agradece las visitas. Y, desde luego, no las devuelve.

Pero por desgracia, no la podrá canonizar nunca, porque colocar eso en un altar y poner en precipitada fuga a todos los demás santos, sería cosa de tres segundos, ni uno más y reloj en mano.

LXVIII

Bueno, pues aunque a mis lectores les parezca imposible, hay en París cosas muchísimo más raras y sorprendentes que la viuda del capitán. Una de ellas es la costumbre de que las señoras asistan a los entierros. He de hacer una aclaración: no me refiero a las señoras que se mueren, porque esas también asisten a los entierros en Madrid y en Cuenca y en las Islas Baleares. Hablo de las que todavía están vivas con permiso de la autoridad competente y del médico de cabecera.

En París, por ejemplo, una huérfana acompañada al cadáver de su abuelo y una modista va detrás de los restos de una cliente y parece naturalísimo. No hacen lo que en Madrid, que es quedarse llorando en casa; en primer lugar, porque en París se puede ir llorando por la calle sin pagar multa ni hacer un corro de curiosos, y, en segundo término, porque los difuntos, salvo raras excepciones, estiman mucho que les acompañen y luego lo comentan en la otra vida con regocijo y satisfacción. Esto se sabe, pues los parisenses son espiritistas de suyo y no pasan a veces seis días sin que las familias evoquen al fallecido y oigan de sus labios el juicio que les mereció el sepelio y alguna que otra protesta por ciertos descuidos involuntarios o por determinados detalles poco elegantes.

Ya se sabe de algún espectro descontentadizo que le ha dicho a su esposa:

—No debiste invitar a Régnier al entierro, porque resulta un ludibrio que te pegue un abrazo bajo un álamo del Père Lachaise con la excusa de que yo estoy en plena descomposición; advirtiéndote que me descompose más de prisa al ver lo que me apretaba el amigo...

Otros espíritus han sido más parcios

y menos sicalpticos en sus reclamaciones y se han contentado con decir:

—He llegado hecho cisco al cementerio, porque habéis hecho ir al coche fúnebre por esos charcos y baches que se mencionan en *La Java*. No hay derecho a obligar a un cadáver a que baile de esa manera... Si me muriera otra vez, me gustaría ir por el *boulevard de Clichy*, que tiene un pavimento que da gozo y que es una honra para nuestro distinguido Municipio.

Y así sucesivamente.

Hay algunos que no dicen nada; pero no deben fiarse las familias porque seguramente lo piensan, y si no lo dan a entender es porque saben que no van a conseguir nada con ello y prefieren callarse como muertos.

Dicen en París que la costumbre de que las mujeres vayan a los entierros data de no lejana fecha. Es una moda como todo lo que se hace en París, como lo fué la moda de ir a los quioscos de necesidad con plumas, al bosque con pieles, a la iglesia con silla de ijera para no pagar el alquiler de las del templo y al café con leche cuando la huelga de lecheros, que se negaron a llevar sus productos a varios cafés sindicados contra ellos.

Parece ser que la primera señora que asistió a un entierro fué una viuda con-

solable, que quiso ir para convencerse de que su esposo se quedaba efectivamente en el cementerio y no volvería por casa en un par de siglos. La eximia ciudadana eligió una losa de doscientos kilos, la puso un epitafio consistente en ochenta letras de plomo del más pesado que encontró, y se pasó media tarde echando tierra al asunto y apisonándola luego concienzudamente, hasta que la dejó más lisa que una acera de asfalto.

Y desde aquel día hacen todas lo mismo.

Solamente cuando ven que el fallecido no se puede valer, aunque sea campeón de medios pesados, es cuando se tranquilizan.

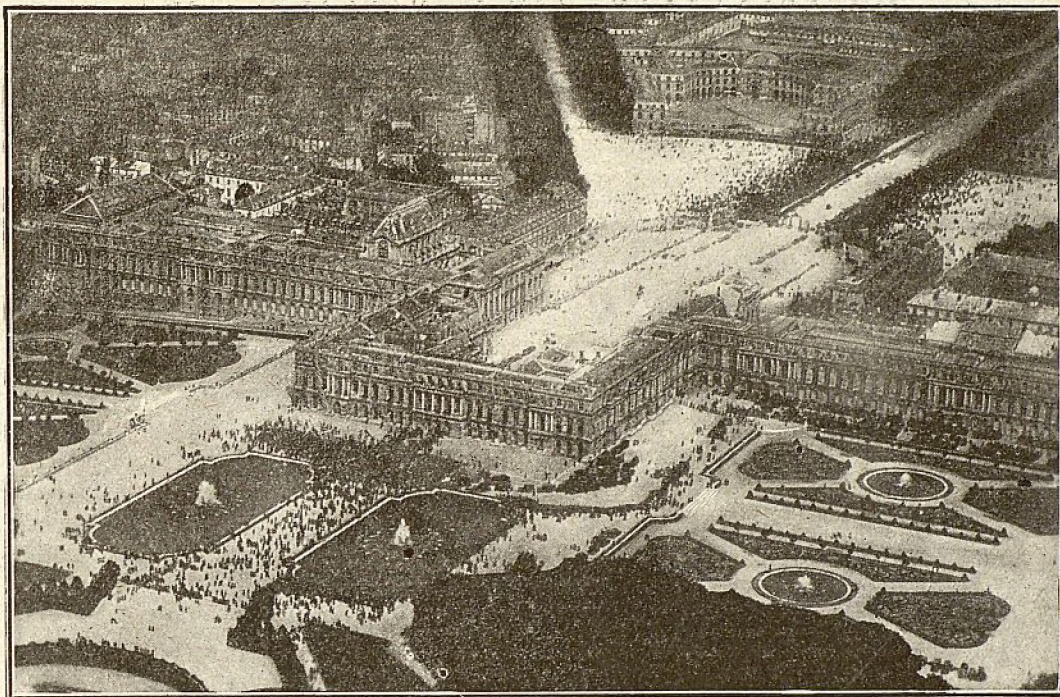
Y entonces se echan a llorar amargamente.

Y como yo no puedo ver llorar a las mujeres sin hacer algo, las acompaño en el legítimo dolor que en su día las habrá abrumado por tan irreparables pérdidas; y cumplida tan penosa misión, hago punto, porque me he contagiado con tantos cadáveres y estoy muerto de cansancio.

Cuando resucite continuaré comunicándoles a ustedes noticias.

ERNESTO POLO

París.—Café de la Source.—Agosto,



VERSALLES, EL DÍA DE LA ELECCIÓN DE MI BUEN AMIGO DOUMERGUE

Me parece que está clarísimo que esta fotografía está tomada en el día que acabo de tener la bondad de decir en el epigrafe. Iba yo en un aeroplano de otro amigo (aunque no tan buen amigo como Doumergue) y saqué la fotografía por sacar algo. ¿Está bien, verdad? ¿No cabrá duda de que se estaba celebrando la elección cuando tiramos la placa? Creo que la elección no es dudosa, pero estoy dispuesto a discutir acaloradamente con el que ponga en duda que ésta es la elección. No creo que haga falta, porque bien claro se ve que es la elección. Y además se lo juro a ustedes: ¡es la elección!

UN SUSTITUTIVO DEL AMOR

Yo tengo un amigo, Pepito Figueras, que en materia de ocultismo es el amo.

El habla varias veces por semana con los espíritus de las personas más célebres que han dejado esta vida perra: tutea a Napoleón, le gasta bromas a Carlos V y se pasa horas y horas mano a mano con Doña Isabel la Católica, desmontada, por supuesto, del brioso corcel que monta diariamente en la Castellana.

En lo de dormir a los individuos con la mirada, deja Pepito como marmotas a las personas con que las eche un ojo encima. Cree en la metempsicosis, es ciego por la transmigración y penetra en las almas como en su propia casa.

Con estos antecedentes no os chocará que os diga que para Figueras no hay nada desconocido en materia de ciencias ocultas.

Le encontré recientemente en el casino, y no pude por menos que asustarme ante su estado de depauperización.

—¡Chico, estás hecho unos zorros!—le argüí.

—¡Los disgustos, chico!

—¿Qué te ocurre?

—Amores contrariados.

—¡Qué chiquillo eres!

—Y además una teoría espiritista, Antonio, que me está dejando en los huesos, por la estupefacción que me produce su alcance insospechado.

—¡Bueno, Pepe, tú estás como una cabra!

—No lo creas. He llegado en el espiritismo a unos límites a los que no se había llegado aún en materia de materialización y de correspondencia psíquica.

—Como si me hablaras en vascuence!

—¡Ah! ¿Tú no conoces la nueva teoría de la reversibilidad?

—Ni de oídas.

—¿No conoces las experiencias del sabio moscovita Salacof?

—¡En absoluto!

—Pues ese sabio apostol de las fuerzas ocultas es el descubridor de la reversibilidad.

—¿Cómo has dicho?

—De la reversibilidad.

—¡Me lo vas a tener que apuntar!

—Pues esta lumbrera del espiritismo manda modelar en cera una estatua, a tu imagen, por ejemplo, exterioriza tu sensibilidad y la hace pasar a la figura que te representa. ¿Entiendes?

—¡Nada! ¡Pero, sigue!

—Una vez que ha hecho esto, le da un pinchazo a la estatua y tú sientes el pinchazo, le da un golpe y tú te acardenalas.

Si a la figura le llegara a poner unas botas estrechas, tú no podrías dar un paso aunque llevaras unas botas como barcos.

—Es maravilloso!

—Pues te maravillarás más cuando sepas al extremo que llega el fenómeno.

—Espérate, que voy a mandar un botones a casa para decir que no me esperen a cenar.

—Cenas conmigo. Bueno, pues tú sabes que yo he estado y estoy que bebo los vientos por aquella chica modista, la Lolita, que es de una honradez tan bárbara, que la di un pellizco en el Parque del Oeste y tocaron el pito todos los guardas.

—Ya me acuerdo.

—Yo traté, por todos los medios, de conseguir el amor de la preciosa Lolita, y, ni con dinero, ni con pruebas de afecto, ni con sacrificios de todas clases, conseguí romper el hielo de su corazón.

El año pasado, por esta época, y habiendo agotado todos los medios de conquista y sin fuerzas para resistir más, conocí la teoría de la reversibilidad.

—¡Vaya palabrita!

—La puse en práctica por ver de buscar un lenitivo, y después de mandarme modelar una estatua de cera a su semejanza, comencé las experiencias.

—¡Sigue, Pepe, sigue; después cenaremos!

—Capté su sensibilidad sin que ella se apercibiera y la trasladé a la figura. Los resultados fueron concluyentes. Aun estando ella en su casa y yo en la mía con su escultura, estaba en comunicación con Lola.

Yo estrechaba contra mi corazón la figura y Lolita experimentaba en el acto una sensación de abrazo alrededor de su busto; la osculaba apasionado y sentía ella el beso con la misma pasión en la mejilla. Esto lo controlé yo con un amigo íntimo, casi como un hermano, Luis Torres, tú le conoces, que la acompañaba mientras yo hacía las experiencias. Figúrate, ante este éxito y recordando a mi Lolilla, pasaba grandes ratos explotando aquel ingenioso sustitutivo del amor.

—Efectivamente, Pepe, es maravilloso.

—Pero, hay más. El mes pasado, cuando ya parecía curado de mi pasión, una tarde me dan la noticia de que Lola había sido madre, justamente cuando hacía un año menos tres meses de mis experiencias con la estatua. La reversibilidad había llegado al límite, la materialización al colmo, la correspondencia psíquica a términos asombrosos.

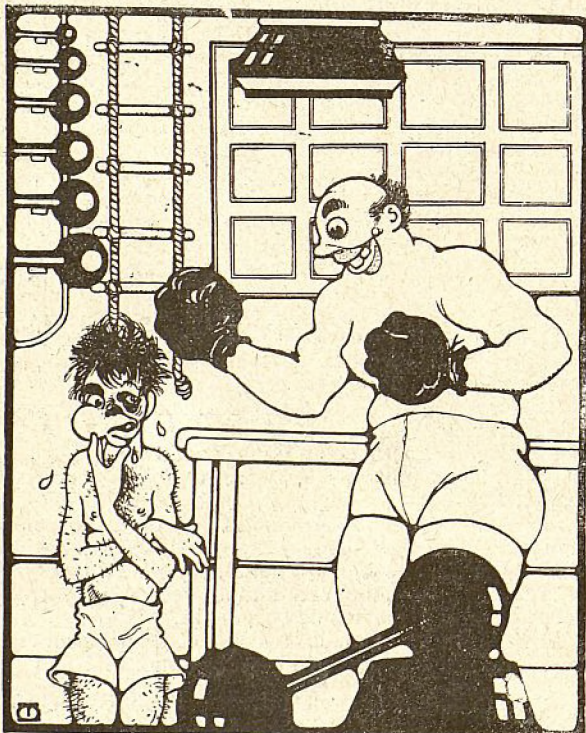
—¡Qué atrocidad, Pepe!

—Desengáñate, Antonio, hay que postrarse ante las maravillas del espiritismo; en la reversibilidad he ido más lejos que el moscovita.

—¿Y a Luis Torres, no le ves?

—No, pocos días antes de enterarme del alcance del fenómeno, se fué al extranjero. Ayer precisamente recibí una postal suya con una vista panorámica de Suiza.

ANTONIO PLAÑIOL



Dib.
MONDRAGÓN
Barcelona.

¡OH, EL DEPORTE!

—¿Qué le ha parecido la primera lección?

—Superior: ¡Las siguientes me las va usted a dar por teléfono!

CONSULTORIO DE "BUEN HUMOR"

ANACLETO CALASPARRA. MÉRIDA.—Esa frase que se aplica al escritor, al artista o al hombre de ciencia o de paciencia que inventa algo, y la cual frase dice: *eso se lo ha sacado de la cabeza*, es muy justa y oportuna, sí, señor. Pero no puede de ninguna manera aplicarse a los inventores de los sombreros de copa y de los cuernos de caza. Razón: los sombreros no se sacan de la cabeza porque es la cabeza la que se mete en ellos, y los cuernos tampoco se sacan de la cabeza porque la que los tiene, los tiene para toda la vida y aunque fire usted de los mismos con toda su fuerza, es igual. Allí permanecen para asombro y ejemplo de la humanidad doliente.

RIGOBERTO PIZARROSO. HUELVA.—¿Usted quiere saber cómo conjuga el verbo coger el excelentísimo señor conde de Romanones?

Pues vea usted qué sencillo:

Yo cojo.

Tú, no, ¡y que sea enhorabuena!

El, tampoco, y bastante envidia me da.

Etcétera, etc., etc., etc...

ROSARIO ALMAZÁN. TOLEDO.—No, señorita. *Chelito* no ha sido jamás ama de cría. Si a usted le han dicho algo parecido, o usted lo ha entendido mal, no es culpa nuestra. Es culpa de la rumba, que se presta a esas confusiones lamentables; y que, bailándola, reconozcamos que *Chelito* es ama.

LUCAS CARRACIDO. CÁDIZ.—Por muy tendero de ultramarinos que usted sea, le advertimos respetuosamente que no es lo mismo dar un bote que dar una lata. Dar un bote es lo que hizo García Prieto cuando vino al Directorio, y dar una lata es lo que está haciendo Osorio y Gallardo desde la misma e histórica fecha.

IGNACIO ZORRILLA. GETAFE.—Unamuno no se escribe con hache. Pero se escribe con Mac Donald. Bien es verdad que Mac Donald no le contesta casi nunca.

MAGDALENA ALCOBILLA. MADRID.—Con absoluta formalidad podemos asegurarle a usted que Loreto Prado fué bautizada en la Parroquia de San Sebastián el 21 de diciembre de 1807. No se conserva la partida porque la quemaron los franceses. Pero cuando alguien le recuerda a Loreto esa fecha, se pone ella más quemada que la partida.

PEDRO CAMARGO GIL. GUADALAJARA. Es ya hora de que se hable el castellano como es debido, caballero. Si es usted empleado y cobra sesenta duros de sueldo, no es verdad que presta sus servicios. Los vende, que no es lo mismo.

TOTÓ PORTILLO. MADRID.—Por un capricho de la humanidad, se designa con diferentes nombres al "hecho sencillo de matar a una persona," según el grado de parentesco o de amistad que con ella nos une.

Matar a un socio que pasa por nues-

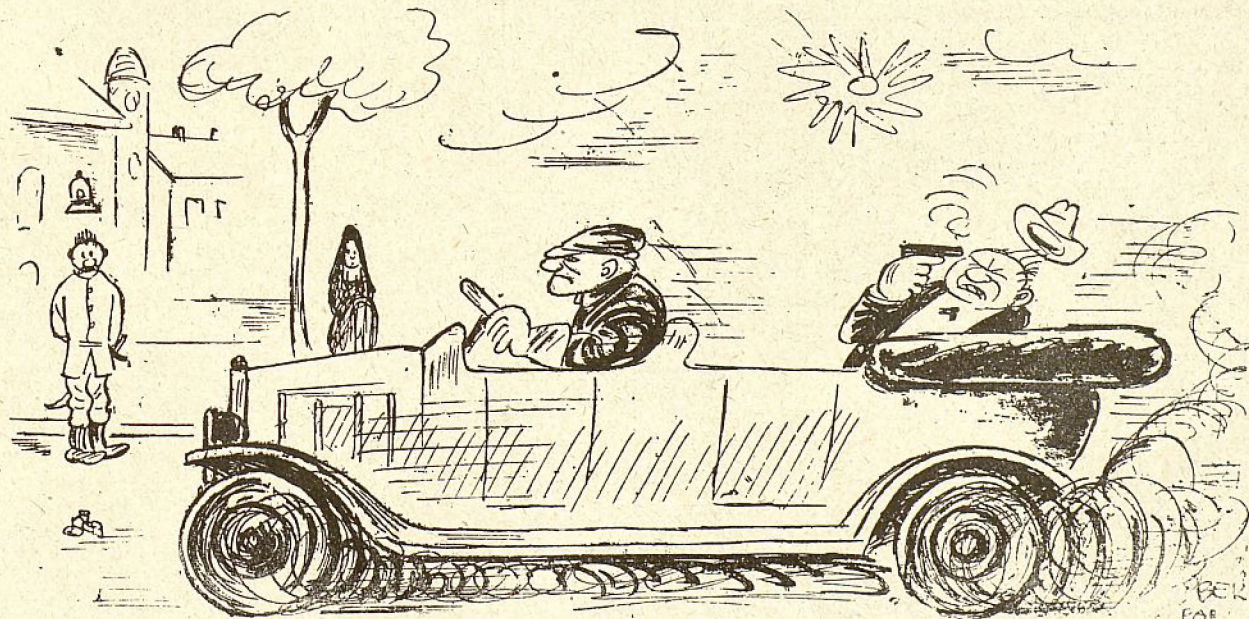
tro lado y nos molesta o a un sujeto que ofende a nuestros allegados y nos contraría, se llama homicidio. Matar a un padre, siempre que no sea un padre benedictino, se llama parricidio. Matar a un hermano (si el hermano es nuestro, porque si es de otro no vale) se llama fratricidio. Y matar a una suegra... se llama hacer las cosas bien.

ABUNDIO DOMÍNGUEZ. OVIEDO.—*Abundio* en la misma opinión de usted. Es una injusticia que los boxeadores españoles cobren honorarios irrisorios. Y más injusticia todavía que, cuando son derrotados por un campeón extranjero, cobren menos que el campeón. Nosotros creíamos que el que recibía más golpes era el que cobraba más. Pero vemos con dolor (aunque no con tanto dolor como los pugilistas derrotados) que estábamos en un error profundo, compacto y lamentable.

La vida es un conglomerado de nauseabundos desengaños.

ABRAHAM RODRÍGUEZ. PALMA DE MALLORCA.—No es exacto que Francos Rodríguez haya dicho nunca que las palabras se las lleva el viento. Bastante sabe él que las suyas no se las podría llevar ni un ciclón devastador como el que asoló al Japón hace cincuenta años. Siempre quedarían unas pocas.

NÉSTOR O. LOPE



EL CHÓPER.—¡Caramba, un neumático que ha estallado!

Dib. BERGSTROM.—París.

TEMAS FRÍVOLOS

La proximidad de la muerte

Hasta hace unos días, señores, yo era feliz, con una felicidad relativa, que tenía por base el tomar café helado o leche amerengada un par de veces al día, charlar con las personas de mi devoción, leer libros, periódicos y revistas, fumar quince o diez y seis cigarrillos, escribir algunas páginas, tomar el fresco de la noche y soportar el calor del día.

Mi vida, pues, a nadie habría interesado; era estúpidamente vulgar, pero a mí me satisfacía bastante, porque soy hombre que se contenta con poca cosa, y ni necesito para escribir hacerlo en una quinta de la Costa Azul, ni para recrear mi vista he echado nunca de menos los jardines colgantes de Babilonia. Sé que estas confesiones me van a hacer perder mucho a los ojos de mis lectoras; pero no tengo más remedio que apuntarlas aquí, porque antes de mentir soy capaz de comprarme un aparato de radiotelefonía.

Verdaderamente no podía decirse que yo fuera un juerguista; lo lamento, pero creo que nunca he sido un juerguista: casi puedo jurarlo ante un Cristo de talla; otros compañeros en el arte—en el arte de gastar tinta—se cansan de afirmar que sus conquistas son innumerables, que las admiradoras van a verlas a sus casas, que les telegrafían, que les telefonean, que les acosan... Pues bien, a mí nunca me ha ocurrido nada novelesco, y la única admiradora que recuerdo, lo era de mi rapidez en comer anchoas, rama de la

actividad a la que nunca concedí demasiada importancia. Pero ya se sabe lo originales que son las admiradoras.

Como arriba dejó dicho, hasta hace unos días yo era feliz. Me encontraba bastante bien de salud, y, según tenía entendido, mis pulmones trabajaban a destajo, mis riñones filtraban mejor que un «Pasteur», mi corazón recibía y expulsaba la sangre con excelente perseverancia y mi aparato digestivo se comportaba también de un modo loable. Pero... La dicha es breve, como pie de sevillana, y he aquí que, de pronto, una leve fiebre, que no había de tardar en desaparecer, me obligó, no hace mucho, a avisar al médico.

El buen hombre me auscultó, me pulsó, me miró la lengua con esa estúpida curiosidad de todos los médicos, me tectó de arriba abajo, y, por fin, dejó asentado que, en la actualidad, sufro todo lo que va a continuación:

Anemia cerebral. Anemia pulmonar. Taquicardia. Hepatalgia. Escasez de riego sanguíneo. Algo de infección intestinal. Principio de agotamiento orgánico. Tenia o solitaria. Riesgo de tuberculosis, y peligro de epilepsia, por causa de la señorita Tenia.

Naturalmente que yo sólo siento un poco de debilidad, motivada por la huída fiebre y por una contumaz dieta a que he sido sometido; pero eso no importa: aunque yo no sienta nada de lo dicho, estoy tan enfermo, tan enfermo que la muerte, desde el otro lado de la célebre laguna, comienza ya a

hacerme guiños. Mis familiares están aterrados y yo empiezo a ponerme serio. Ustedes no saben lo que es sentirse cerca de la tumba... ¡Ay! Yo voy sabiéndolo... A todo tirar, pasando el verano en la sierra, comiendo mucha fruta y legumbres, no trabajando en nada y no fumando un solo cigarrillo, me quedan cuatro o cinco meses de vida. No saliendo después de cenar y acostándome tempranito, acaso pueda llegar hasta Reyes, pero de Reyes no pasaré: me será completamente imposible, porque mi organismo, minado por una juventud crapulosa y por treinta y siete cafés helados tomados con paja, no podrá resistir ni un día más. Esta horrorosa situación me ha vuelto clarividente y sentimental en grado sumo. He llegado a averiguar el porqué de la vida, y amo cuanto me rodea con todas mis potencias.

El porqué de la vida, señores, son los filetes empanados. Cuarenta siglos de pensamiento humano no han sido bastantes para llegar a esa conclusión, adonde yo he llegado gracias a la proximidad de la muerte.

Eso en cuanto a la clarividencia; y en cuanto a lo sentimental... ¡oh! La cercanía de mi negro fin me ha abierto las espitas del sentimiento más afectuoso.

Antes, yo pasaba por delante de una pescadería y apretaba el paso, porque el olor a pescadilla me levanta en vilo. Hoy, me detengo ante los escaparates de las Coruñesas, apoyo mi frente en la luna y lloro la triste suerte del amable besugo, de la pizzireta merluza y de los juguetones langostinos. Antes, un perro vagabundo no me producía ninguna curiosidad; hoy, le contemplo largo rato, me intereso por su vida y querría ser perra vagabunda para hacerle dichoso. Antes, asistía al estreno de una zarzuela española y abandonaba el teatro lleno de indignación; hoy, vierto unas lágrimas en honor de la memez de sus autores y pido a Dios y a su celeste Corte que los acoja en su bondadoso Seno lo antes posible para que no vuelvan a hacer zarzuelas españolas.

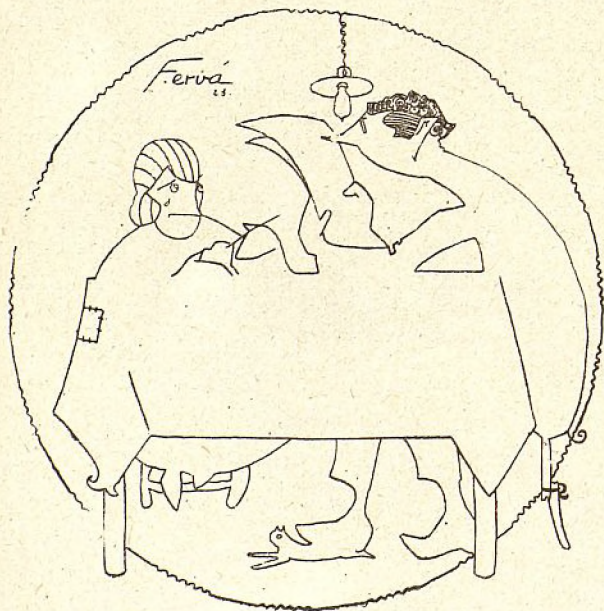
Todo, todo ha cambiado para mí...

La cercanía de la muerte ha hecho de mí ser otro ser, que sin ser el ser de antes tiene algo de aquel ser que fué y que ya no es, porque ahora es otra cosa que antes no era y que en vano quiso ser para dejar de ser lo que fué.

Bueno, a ver; voy a tomarme el pulso. Señores, la taquicardia se acentúa. Me voy por minutos como ya habrán notado en mi párrafo anterior.

Es preciso perdonarme el que haya hablado de mí y de mi salud, por me, en fin de cuentas, voy a morir de un momento a otro y a los moribundos se les permite todo: hasta que elijan la clase de carroza fúnebre que desean.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib.
FERVÁ
Colmenar Viejo.

«Una nueva erupción del Etna! ¡Miles de muertos! ¡Apenas si quedan en el mundo más que... siete... mesinos!»



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—¡Al helao!... ¡Alelaol!... ¡Alelaol!...

RAMONISMO BOTIJOS

El botijo lo inventó el moro Mohamed Botijo, lugarteniente del Califa de Córdoba. Junto al trono bajo y tendido de los califas, el botijo era el atributo simpático, hermético, munífico.

El botijo presidió las altas recepciones y fué juguete de las odaliscas en los días calurosos y sedientos.

Aparato litúrgico del Califa, era como su perrito de aguas y estaba pronto a darle el regalo de agua que necesita la justicia suprema. Si muchas veces la crueldad del Califa no fué tan implacable, fué gracias al juego de agua del botijo, cuyo surtidor alegra los jardines del alma.

Los botijos desde entonces han sido atributo de gracia y símbolo de sobe-



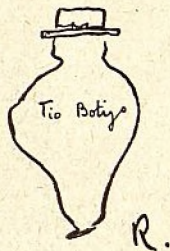
ranía pacífica. El ciudadano que tiene botijo se siente vencedor de los calores y los rencores de la vida.

Hay botijos de primera, de segunda y de tercera categoría. Los de primera categoría son los que dan de beber a las multitudes y los regimientos. En las grandes paradas o manifestaciones salen esos botijos de primera clase, y no se sabe de dónde sacan tanta esencia maternal, pues dan de beber a toda la multitud y aún queda agua en el fondo.

Los botijos de primera son aquellos botijos que hubo en los aguaduchos y que se tumbaban en una cuna de madera destinada a ellos.

Un botijo de primera fué el que descubrí yo en aquella habitación del Palace Hotel que ocupaba el gran novelista Blasco Ibáñez. Aquel botijo que el escritor castizo había mandado adquirir como fuente de su inspiración, era un triunfo del botijo sobre las jarras

de barro y las botellas de agua mineral del Hotel. Aquel botijo, sobre el ábaco



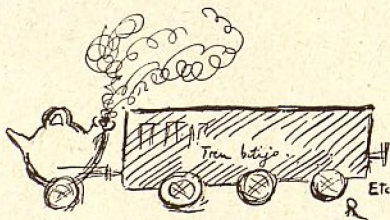
de los radiadores me pareció un botijo satisfecho, orondo, opulento, rezumante, como la verdadera agua sin camisa.

Ningún botijo, ni el mismo que debe tener el Duque de Alba hecho en barro de oro, era como ese botijo en que el novelista bebía su imaginación. De la manutención de aquel botijo brotó *La Reina Calafia*. En el *Hotel Babilonia*, donde aquel norteamericano tuvo que comprar el hotel para poder comer un rosbif con patatas y cerveza, no hubiera podido colocar su botijo Blasco Ibáñez sin comprar el Hotel Palace.

Los botijos desafiadores, chulescos, despectivos, son perritos de hidalgo a los pies de las mesas de pupitre.

El botijo es brújula de la sed. Con un botijo lleno se es dueño de la situación y se puede hacer frente a todo acoso o trabajo. Un arquitecto podrá arquitectar todo un plano si tiene un botijo al lado.

Los botijos modestos tienen encan-



tos gremiales. Así, el botijo del carpintero, en medio de las virutas que aderezan de salutaros clores la carpintería, es botijo trabajador. Está pronto a usarse, como el cacharro de la cola, y cada sorbo de ese botijo da más talento a los oficiales.

El botijo de la imprenta se parece al botijo de las carbonerías. Sus manchas oscuras tienen sangre de imprenta, y así quedan estampadas en los botijos las huellas dactilares de todos los impresores. Si la Policía tuviese que indagar alguna vez entre esa buena gente de las imprentas, bastaría que se llevase los botijos de las imprentas.

Los botijos de los niños son botijos de cría, como lechones de los otros botijos, y son el juguete preferido de los niños que han de ser emprendedores.

El botijo tiene una hora bautismal cuando desparrama sus gotas por la calle, derrochando una ráfaga de gotas que deja detrás, como monedas fres-



cas y menudas con que alivian la calle. A mí me conmueve ese rasgo de bondad que supone derramar el resto de agua y dar a todos así la vereda que conduce a las fuentes.

Es grata, altruísta, graciosa, esa rúbrica de gotas que a veces da vuelta a toda la ciudad y que evita que nos pongamos compresas de hielo en las sienes.

Amemos los botijos, defendamos la raza de esa especie, una especie que merece que se forme a su alrededor una poderosa asociación parecida a la que se dedica a la cría y perfeccionamiento de la cría caballar, y que, en lo que respecta a los botijos, podría ser una maestranza dedicada a la educación y perfeccionamiento de los botijos de raza.

RAMÓN CÓMEZ DE LA SERNA

(Dibujos del autor.)

BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allén, 23



—¿Qué, entoavía vamos a buscar a otra?

—¡Ca, hombre! ¿Usted se ha creído que un coche, aunque sea de punto, puede dar tanto de sí?...

Dib. GARRIDO.—Madrid.

LA DESPEDIDA DEL ESTUDIANTE

Adiós, doña Ramona,
 hembra bravia y, como pocas, fuerte;
 la admirable patrona
 que, gracias al Señor, me cupo en suerte.
 Me despido de usted; ya he terminado
 mi flamante carrera
 con aquel ¡ay! menguado
 y mísero «aprobado»
 que el escolar con ilusión espera.
 Dios se lo pague a Flores,
 a Clemente de Diego
 y otros muchos señores
 que con suma bondad me han hecho el juego.
 Y pues ya he conseguido licenciarme,
 a fin de dar más lustre a mi bufete,
 hoy mismo a retratarme
 con toga y con birrete,
 como es obligatorio
 en ciertas memorables ocasiones,
 ya nos ordene y mande el Directorio,
 ya el genial y travieso Romanones,
 me lanzaré a buscar en plazo breve
 y sin perder momento
 el codiciado pleito que me lleve
 «de la inmortalidad al alto asiento».
 Adiós, por siempre adiós, doña Ramona;
 pero yo le aseguro en este día
 que el recuerdo ideal de su persona
 irá conmigo hasta la tumba fría.
 Porque, ¿cómo olvidar, señora mía,
 aunque medien el tiempo y la distancia,
 sus guisados de gusto soberano,

en los que eran la carne y la substancia
 el sueño de una noche de verano?

Pues, ¿y aquellos garbanzos infernales,
 de cochura maldita,
 que me servía usted, para los cuales
 hasta era ineficaz la dinamita?

Adiós, doña Ramona;
 cuando sean sus días ya cumplidos
 y suba usted a la celeste zona,
 ¡Dios no le tome en cuenta los cocidos
 que le ha servido usted a mi persona!

Porque si el Padre Eterno
 se muestra con usted un tanto duro,
 ¡oh, mi dulce patrona, yo le juro
 que va usted a parar al quinto infierno!

Dígale usted a la Pepa,
 aquella encantadora modistilla,
 que por mí no habrá aquí nadie que sepa
 lo del percance aquel de la boardilla,
 ni la historia del palco...

porque yo le aseguro y le prometo
 ser, como he sido siempre, un catafalco
 cuando el deber me manda ser discreto.

Perdone usted aquel pico
 y hágase a su recuerdo la dormida;
 yo se lo pagaré si llego a rico...

¡y si no se me olvida!,
 que en la villa del oso,
 lo mismo que en las Pampas,
 no hay nada más cristiano y más piadoso
 que perdonar las trampas.

MANUEL SORIANO

NO ENFERME USTED NUNCA

Procure usted, amigo, no enfermarse nunca. La mayor desgracia que cae sobre un hombre enfermo es el hombre sano. El sano es, para el enfermo, terriblemente cruel. Empieza por no creer en su dolencia y acaba por discutirsele con reconcentrada cicatería. Le cuesta enorme trabajo darle la razón al que se queja. Su salud padece una avaricia formidable, y pasa por fases curiosas que van desde la duda hasta la suficiencia.

El sano tiene derecho a todo lo que

en un enfermo sorprende y enoja. El sano puede quejarse de que hay en una casa corrientes de aire; el sano puede opinar que alguna vez los médicos se equivocan; el sano está facultado para asegurar que ciertos específicos merecen confianza; el sano tiene derecho a abrigarse si le acosa el frío y a destocarse si le sofoca el calor; a comer y a beber cuanto le venga en gana; a consultar con el especialista que se le antoje; a perpetrar excesos, a afrontar peligros, a jugar con la intemperancia,

a reír a chorros, a llorar torrencialmente y salir y entrar, e indignarse... Todo le está permitido o se lo permite él mismo; para algo tiene tanta salud. En cambio, con el pobre hombre que, poseyéndola precaria, la administra con cierto celo, no hay compasión. Se le llama aprensivo, cobarde, bobín. El sano se enfada mucho con el enfermo y le apostrofa duramente.

—¡Tiene usted, querido, más miedo que vergüenza! ¡Mande a la porra al doctor, y déjese de mejunjes! Saque la lengua. A ver ese pulso. Nada... No tiene usted nada más que aprensión. ¡La gente que se ha muerto por empeñarse, como usted, en que estaba enferma!...

—Pero, el caso es que me duele—replica el enfermo—. Me duele mucho, a todas horas, aquí, y en este otro lado...

—Se queja usted por capricho.

—¡Por Dios, don Fulano!

—Se queja usted porque le gusta mucho que le mimen, ni más ni menos. No hay nada más vanidoso que un enfermo. Usted «luce» su gastralgia o su reuma como otros se dan tono con una novia, una corbata o un anillo gordo. En el fondo, eso que padece usted es marrullería, afán mal disimulado de llamar la atención, coquetería de consentido en casa, que no vive a gusto si no ve a medio mundo pendiente de un achaque cualquiera de su riñón o de su rodilla... Vaya, vaya; déjese de aspavientos y de muequecitas dramáticas, que ya no asustan a nadie, y ande, sonría, sonría, hombre, alguna vez... Le aseguro que una sonrisilla atenta no compromete a nada ni perjudica a su bien ganada seriedad de hombre importante...

El enfermo se echa mano a la parte dolorida, y, magnánimo una vez más, finge encontrarse perfectamente. Si es de los que deciden no consultar al médico ni ingerir drogas, tampoco sabrá lo que es reposo. El hombre sano habrá de recriminarle:

—¡Mal anda usted, Fulano! —le dice—. Claro: ¡Si hace usted lo que le da la gana! Para usted no existen eminencias médicas ni remedios famosos, ni planes ni escarmientos en cabeza ajena! Ayer estuvo usted comiendo a dos carrillos en el banquete a Zutánin. ¿Es así como combate usted su diabetes? ¡Si me he permitido yo—jyo, un toro que vende salud!—tomar esta mañana el chocolate con unos picatostes, y estoy para reventar!

El sano se enfurece, y el enfermo, afligido, resuelve no volver a darle motivos de enojo.

La prevención que, a veces, de modo sistemático, padece el sano respecto del enfermo, sigue derivaciones curio-



Dib. ALONSO.—Madrid.

—¿En dónde he visto yo antes este mismo paisaje?... ¡Nada, que no caigo!...

sas y acaba cebándose en el galeno de cabecera.

—¿Quién le «ve» a usted?

—El doctor tal, un especialista muy reputado.

—¿Le inspira mucha confianza?—inquire, incisivo y fatal, el sano.

—Absoluta.

—Sin embargo..., ¿no podrá equivocarse? A mí esos hombres que tienen tanta fama, me dan miedo. Yo he oído cosas tremendas de él.

—Tiene muchos enemigos. Pero yo sé de no pocos infelices que estaban a punto de morir y viven gracias a su talento. A mí me ha hecho renacer.

El sano insiste en sus recelos. Siente por el médico de su amigo esa hostilidad implacable, poco definida, que otros hombres profesan a nuestro sastre, a nuestro jabón, a nuestro barrio...

—Yo creo, de todos modos, que debía usted ver a Perencejo. Perencejo es un gran médico que no pertenece todavía a ninguna Academia ni tiene coche ni receta mil cosas a la vez.

—El caso es que me va tan bien con el que tengo...

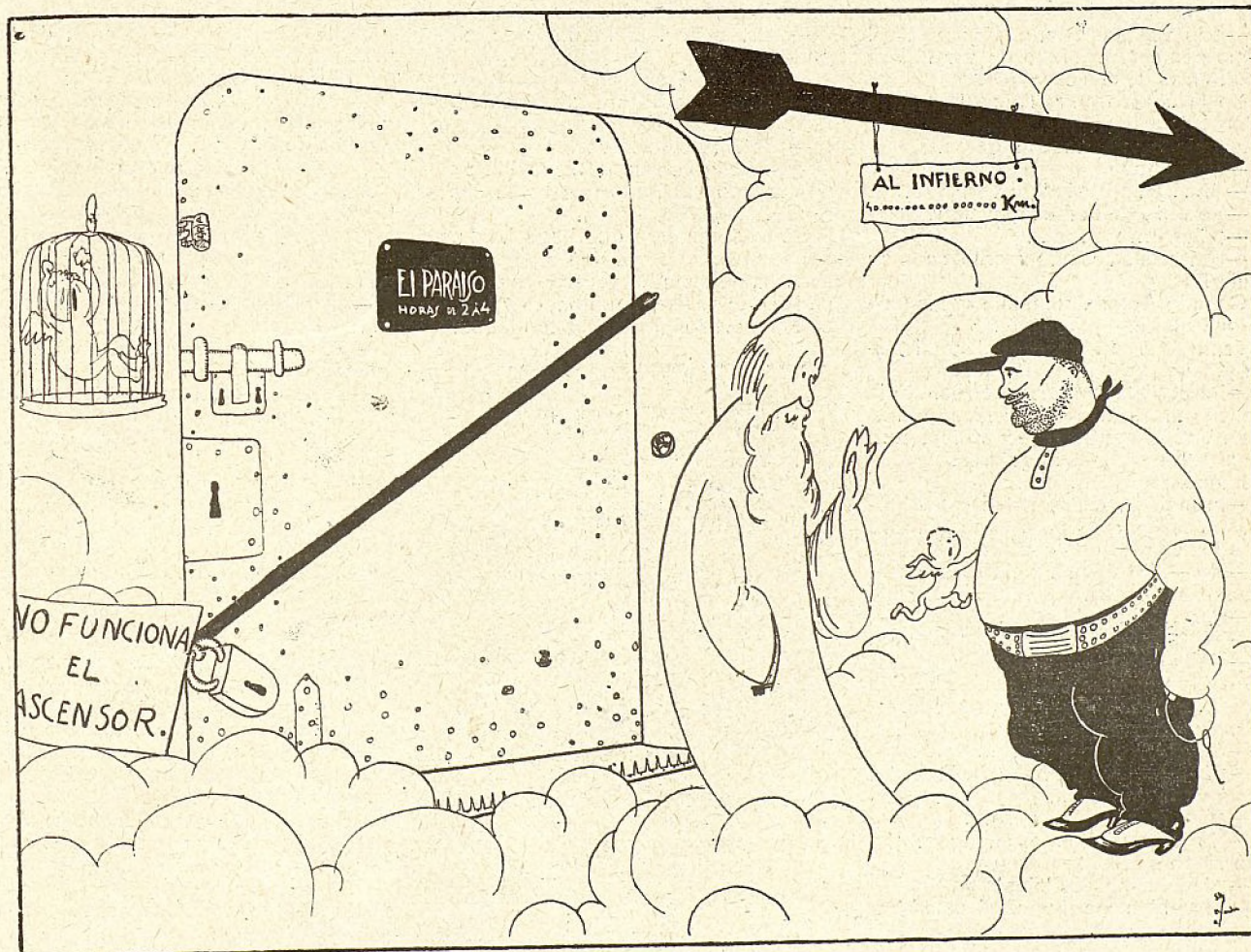
—No importa; vaya a verle y me lo agradecerá. Aparte de que, si he de serle franco a usted, lo que le está matando es la aprensión. Apuesto

mil contra uno a que lo que usted padece es cosa de los nervios. Total, nada.

El sano le da unas palmaditas protectoras al enfermo. El enfermo le deja partir y se le arrasan en llanto los ojos. Ya se fatiga de oír expresarse en el mismo tono a todos sus amigos sanos. ¿Si estará equivocado, y sufrirá el error enorme de creerse enfermo? Y entonces, por no resignarse a seguir tolerando el sambenito humillante de que le llamen aprensivo, tiene una idea genial, la de morir. Y, en efecto, se muere.

E. RAMIREZ ANGEL

BUEN HUMOR se vende en París en el quiosco 1.º del bulevar de la Magdalena (frente al número 27)



Dib. SAMÁ.—Madrid.

ES UN ALMA CÁNDIDA

SAN PEDRO.—Si, hijo mío. Yo te dejaría pasar, pero se me han olvidado las llaves.
EL ALMA CÁNDIDA.—No le importe, señor de San Pedro. Aquí traigo una ganzúa.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL SANTO DE MI MUJER

por OCTAVE PRADELS

¡Qué día acabo de pasar!

Es el día de Santa Angela, el santo de mi mujer. Esta mañana me he dicho: ¿Qué la regalaré? ¿Un *bouquet*?... Es poco... ¿Una alhaja?... Demasiado caro... ¡Qué fastidio! ¿Y si le ofreciera un bote de espárragos? ¡Con lo que a mí me gustan los espárragos!

Lo mismo fué pensar lo que hacerlo. Compré un bote que me cuesta seis francos. Subo a mi casa y con la cara sonriente de esposo que cree haber cumplido con su deber, entro en el cuarto de mi esposa, que está desenredando sus rizos.

—¿Qué sorpresa se le trae a mi vidita por ser su santo?

—¿Es verdad? ¡Ay, qué guapo eres! —me contesta tratando de ver lo que oculto tras de mis espaldas.

—Yo la abrazo, y, radiante, la enseño el bote de espárragos.

Angela lo ve y hace un gesto.

—¿Es ésto?

—Sí... Una verdadera sorpresa...

—Pero... ¿Nada más que ésto?

—¡Claro!... yo... sí...

—¡Ah! ¡Usted es un miserable con su mujer!

Cuando Angela me habla «de usted» es que está indignadísima.

Trato aún de hacer valer mi regalo.

—Pero, fíjate qué hermosos son. Seis francos el bote... No soy tacaño contigo. Te los puedes comer a tu gusto... Te puedo traer más si quieres.

Llamo a la chica.

—Francisca, cueza usted estos hermosos espárragos para el almuerzo... Nos los comeremos con aceite.

—No —dijo Angela con tono seco—. Con salsa blanca.

—Pero... sin embargo...

—Sí. ¡Claro! Contraríame todavía...

—Nada de eso... pero...

—Sí, le comprendo a usted... Me obligaría a beber vinagre para echarme a perder el estómago.

—Angela, ¿o te aseguro...

—¡Es inútil! No me habituará usted a sus gustos groseros,

—¿Groseros? Ah... pero...

—No comeré sus espárragos. ¡Le aborrezco a usted!

—¡Vas demasiado lejos!

—¿También me impedirá usted hablar? ¡Ah, no! Puedo gritar muy alto que es usted un...

—¡No sigas!

—¡Un miserable!

—¡Angela! ¡Angela!

—¡Eso es! ¡Insúltame encima!... No te falta más que coger un palo y gol-

pearme. Pero yo no me dejaré, no... tenga usted cuidado...

Y me da una sonora bofetada. Coge el sombrero y sale gritando:

—¡No me verá usted más!

Estoy rojo de cólera y mi carrillo aún más rojo; pero al cabo de cinco minutos me sobrecogió un temor... La conozco bien... es una mujer muy viva... Bajo a la calle... corro inquieto... Llego hasta el Puente Nuevo y allí apercibo un grupo de gente y tengo un terrible presentimiento. Veo al chico de una pastelería, que lleva sobre una bandeja unas fuentes de helados, y le pregunto temblando:

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¡Ah, señor! Debe haberse ahogado.

—¡Dios mío! ¿Quién?

—No lo sé, pero era atrocemente bonita.

—¡Entérese, por favor!

—No tengo tiempo. Llevo los postres a unos señores que están esperando.

Bajo la escalera que llega hasta el agua, sacándome ya una manga de la americana, cuando recuerdo que no sé nadar. Me remango entonces y busco con mis brazos por todos los lados.



(De *Life*, de Nueva York.)

EL DETECTIVE.—¿No recuerda la señora qué día de la semana ocurrió el hecho?

LA SEÑORA.—No, señor: sólo recuerdo que yo estaba en el baño.

EL DETECTIVE.—Ni una palabra más: ¡era un sábado!

¡Nada! Bajo a lo largo del Sena y ¡nada!... Llego al puente de Inválidos y veo un bulto... mi corazón palpita... Era un caballo y, además, pierdo veinte minutos en ver cómo lo sacan. Continúo marchando hasta el puente del Día.

—Entonces—me digo—¡habrá desaparecido!

Vuelvo a subir. Vuelvo al puente de Grenelle y hay allí otro grupo. El pequeño pastelero, con los helados medio derretidos por el sol.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Nada. Que acaban de sacarla.

—¡Ah! ¿Vive?...

—No; está bien muerta.

Siento flaquear mis fuerzas, desfallezco, pero hago un esfuerzo supremo de voluntad y digo al pastelero:

—Amigo mío... tome veinte francos y mi tarjeta... Que la transporten hasta casa. No tengo valor para acercarme. Y echo a correr como un loco.

Llego a mi casa empapado de sudor. Llamo. Me abre la criada con rostro alegre. ¡Estas criadas tienen tan poco afecto a sus amos! Me dejo caer en una silla. La chica me dice:

—¿El señor no va junto a la señorita?

—No, no me atrevo... ¡Después de lo que ha pasado!

—La señorita le habrá perdonado ya, seguramente.

—¿Tú crees, Francisca? ¡Era tan buena!

—En el comedor está.

—Vamos, tengamos valor. Cumpliré con mi deber. Pediré perdón a sus despojos.

Gimiendo abro la puerta del comedor y veo a mi mujer... comiendo los espárragos.

—¡Hola! ¿Sabes que son excelentes? Pero ya no quiero más... Reventaría...

No pude decir nada. Estaba idioteado.

En efecto; suena la campanilla y la criada introduce al pastelero que trae en sus brazos el cadáver de una perra ahogada. Abrazo a la criada y al chico, a quien doy veinte francos, y le ruego que lleve la perra hasta el primer montón de basuras.

Vuelvo con mi mujer, la abrazo ocho veces, loco de alegría. Ella ya se había comido todos los espárragos y la salsa blanca.

En total: el bote de espárragos me ha costado ¡cuarenta y seis francos! y no los he probado... Para otra vez compraré una joya.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

Virgilio.—No, señor, no nos atrevemos a publicar sus versos. Pero si nos encontrásemos con usted en una calle extraviada, ya vería usted a lo que nos atrevíamos.

Pida en cualquier librería el último libro de BERGUA: **"DOLOR"** (Novela llena de alegría.)

Antonio M. ¡Y tan Mí...! Sobre todo los versos, que usted los titula *Sin nombre* y tiene usted razón, porque es una cosa que no tiene nombre verdaderamente!

Castellazo, Robres.—Sus epigramas son de una vulgaridad que descabeza.

7,50 collar oro, 18 kilates
NÚÑEZ compra venta
29, Barquillo, 29

M. G. B. Cuarto Carretero. Escorial.—¡Por vida de Felipe III...! Otra vez (¡y van cien mill) que no coincide usted con nuestros gustos!... ¿Usted debe de estar ya hasta el pelo, no es cierto? ¡¡Nosotros también!!

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueras 8



P. P. G. Cieza.—Usted podrá llegar a hacer cosas humorísticas en cuanto se comprima un poco y prescindia de la hojarasca adjetiva y de los floribondios camelsíticos con que exorna su prosa. Esto que nos ha mandado, más que un trabajo festivo es un *carrousel*. Hemos acabado su lectura con las manos en la cabeza, o con la cabeza en las manos, ¡que todavía no estamos muy seguros de cómo ha sido!

F. O. C. Madrid.—No nos place su composición veraniega.

Mignon Lescaut. Madrid.—Cono' famos el cuento que nos envía desde que nos pusieron de largo. ¡Y qué tiempos aquellos en que la gente se partía la tabla del pecho, de la risa que le daban esas cosas!



GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Andarín. Barcelona.—Sus versos titulados *Mi promesa sposa* no sirven.

Su artículo denominado *Cosas del otro jueves* no nos llena.

Sus divagaciones *Recuerdos de un estudiante* son de una inocencia bucólica.

Su poesía (!) *Cosas de la mar salá* no se puede publicar por que se ruborizarían nuestras lectoras y algunos de nuestros lectores.

Máquina de escribir
UNDERWOOD
La mejor del mundo.
Modelos modernos.
ALCALÁ, 39.-MADRID

Sus *Corazonadas* tienen menos gracia que un estacazo en el parietal izquierdo.

Su dibujo ¡*Las vueltas que da el mundo!* es una ignominia.

Su historieta en cuatro viñetas *La moda en el Olimpo*, son cuatro ignominias.

Su cuento *La epístola de Genializ* ha pasado al cesto con todas sus consecuencias.

¡Su diálogo *Coladuras de Robles* ha seguido el mismo y frecuentadísimo camino.

Su fragmento de novela titulado *Mitad y mitad*, ¡mitad y mitad también!... O sea: la mitad a un ces o y la mitad a otro, porque aquí tiene mos dos (y no tenemos bastante).

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

Y, finalmente (¡¡gracias a Dios!!), su fantasía *Al fin solos* nos ha cogido ya tan cansados, que no nos ha gustado tampoco, pero lo que se dice ni tanto así.

¡Caray con el hombre!... Con tres o cuatro espontáneos como usted, era cosa de ir pensando en el suicidio, pero que muy en serio... ¡¡Once trabajos seguidos, y con el calor que hace!!...

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial **LOGROÑO**

Cri-Cri. Escorial.—Dice usted en su carta: «En el *reberso* va una poesía de corte romántico y de gran *inspiración*, canción perfecta de mi musa melancólica. Fuera de *arguna* falta, es un alarde de *inspiración*, aunque no digo más por modestia...» Y dice la poesía:

¡SOLEDAD!

Solo muy solo me siento en esta celda sombría ollendo como muge el biento y biendo como poco a poco se enfría el alma mía.

CASA JIMÉNEZ
Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
Aparatos fotográficos.
Cinematografía.
Preciados, 58 y 60.

Muy pocos pesares yo tengo en esta vida monótona y fría pero a pesar de todo yo siento ganas de algo... ¡alegría!...

Siento que algo me aplana siento ganas de alegría

siento de llorar las ganas siento mi alma sombría siento como si una mano fría una mano de algún muerto me toca a muy adentro ¡me t cara el alma mfa!!!!!!»

Lo raro sería que le tocara a usted *La Marsellesa* o el *Waya-Wais*.

Y lo conveniente sería que le tocara a usted *el gordo* para ver si cambiando de posición abandonaba usted resueltamente la poesía, aunque con esta medida nos causase usted un serio disgusto a sus admiradores.

CALZADOS LLORENTE
Carmen, número 25
Los mejores de Madrid.
A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento

Amadeo de Plata.—Regular nada más. En cuanto envíe usted una cosa que esté bien del todo, nos tendrá a su completa disposición.

Jotaerrepé. Sevilla.—Recibirá usted el periódico, según sus deseos, hasta fin de diciembre del presente año.

L. V. Sevilla.—¡Es usted un camello de cinco pisos!!

ALBERTO RUIZ
JOYERIA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

A. L. Madrid.—¡Qué valiente es usted, mi amigo!... Nos envía usted esos versos alevos y nefandos, y tiene usted la tranquilidad de poner al pie las señas de su casa. ¿Y si ahora le fuéramos a buscar a usted,

2'50 J. MIRANA CARRETAS 33
PAQUETE DE 10 HOJAS.

para pedirle estrecha cuenta de su proceder, nos quiere usted decir lo que haría?

Crema Polar
Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederé os un premio de **DIEZ FESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el teatro.

En la representación de cierto drama se desató el público en silbidos, menos un espectador que empezó a aplaudir como un desesperado.

—¡Pero, hombre!—le dijo otro.—¿Tiene usted valor para aplaudir una cosa tan mala?

—¡No, señor! ¡Si yo aplaudo a los que silban!!...

Eseesede.—Madrid.

Santo que prefieren las artistas de *variétés*.

San-Dunga.

S. Dávalos.

Castellón de la Plana

En el Museo.

—¿Y dice usted que este cuadro lo pintó Velázquez antes de morir?

Masto.—Madrid.

LA DONCELLA.—Ahí hay dos personas que preguntan por usted.

LA SEÑORA.—¿De qué sexo son?
LA DONCELLA.—¡Ah!... ¡Eso no se lo he preguntado!

C. Porrillo.—Madrid.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

En la fotografía.

—¿Cómo se van a retratar los niños?

—En grupo. ¡Tomad, hijos, los libros!

—No es necesario.

—Es que yo quiero que sea un grupo escolar.

Pope.—Valladolid.

El colmo de una maestra.

Dar lecciones a las niñas de sus ojos.

Juan José.—Madrid.?

—¿A qué se parece medio queso?

—¿...?

—Al otro medio.

Club Charanga.—Sevilla.

—Camarero, tráigame usted un plato de faltas de ortografía.

—Aquí no hay esas cosas, señor.

—Entonces, ¿por qué las ponen en la lista?

El último Valois.—Madrid.

—¿En qué se parece una naranja a un molinero que exporta?

—En que *mandarina*.

Benjamín López.—Madrid.

—¿Con que el nombre de tu novio empieza con M? ¿Cómo se llama?

—Emerenciano.

Merceditas López de Medrano.
Madrid.

En una hospedería barata.

LA PATRONA. (A su hija).—¡Niña, tráeme una cacerola limpia!

LA HIJA.—¿Sirve esta, mamá?

LA PATRONA.—¡No, mujer! ¡Te he dicho una limpia! ¡Y me traes la que se usa para la sopa de los huéspedes!...

Camouflage.—Madrid.

—¿Por qué, si vas un domingo a la Sierra llevando botas nuevas, cuando llegas a Villalba ni llevas botas ni llevas *na*.

—Porque, al salir de Madrid, ya te firas *Pozuelo* como una criatura; y después, claro está, *Las Rozas*; y al cuarto de hora, *Las Matas*, ¡y se acabaron las botas!

Arturo Jaramillo.
San Rafael.

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el verano cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

—¿Cuál es el perro que anda hacia atrás?

—El can-grejo,

M. Matos.—Ceuta.

—¿Cuáles son las hembras de los pararrayos?

—Los peines, porque son *pararrayas*.

J. R. Cimiano.—Madrid.

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautóries, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.
EN TODAS LAS JOYERIAS

—¿En qué se parecen un carnicero con mucha parroquia y un barbero con mal pulso?

—En que con los dos tienes la carne vendida.

Serapio Sastre.—Ménfrida.

—¿Cuál es el ave que pasa por debajo de las puertas?

—El *A B C*.

Ku Klux Klan.—Valencia.

El colmo de un sereno: Abrir la Puerta del Sol con la llave de un carinete.

Rosina.—Madrid.

—¿En qué se parece uno que hace chistes a mí cuando estoy constipado?...

Pues en que él hace chistes y yo *¡chissl-toso*.

Reztoman.—Burgos.

El colmo de la paciencia. Meter un zapato viejo en una jaula y esperar hasta que cante.

Alfonso Esteva.—Granada

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros gra-sientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—**Canarias:** droguerías de A. Espinosa.—**Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—**Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.
Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

BUEN HUMOR

Alpha



Dib. ALPHA.

Ayuntamiento de Madrid
ELLA.—¿Recuerdas? Fué en este sitio precisamente donde prometiste regalarme el chalet.
E. — Sí, del sitio sí fué este mismo; pero de lo del chalet no tengo ni idea.

no